



Hans Ungar, *ca.* 1965. Fotografía de F. Florián.

Crestomatía ungariana

(Veintiocho notas sobre —y en torno a— la biblioteca de Hans Ungar)

MARIO JURSICH DURÁN

Para Luisa y Elisabeth Ungar

I

Fue así: en junio de 1938, tres meses después del *Anschluss*, la policía nazi arrestó en Viena a Fritz Ungar, el hermano mayor del librero colombo-austríaco Hans Otto Ungar (1916-2004). Al comienzo, los padres imaginaron que la detención tenía como causa la afinidad de Fritz con las ligas de estudiantes; sin embargo, muy pronto advirtieron que el motivo real era su ascendiente judío y que, por eso mismo, convenía tomar medidas urgentes. En menos de una semana arreglaron la salida de Hans de Austria, en tanto ellos, confiando en seguirlo más o menos pronto, esperaban la excarcelación de Fritz.

Cuando uno repasa los álbumes de la familia, entiende lo que significó esa decisión. En aquel entonces, Paul Ungar y Alice Kramer eran dueños de una próspera peletería en la famosísima Casa Goldman & Salatsch, situada frente al palacio imperial austriaco, en la Michaelerplatz de Viena¹. En consecuencia, Hans estudió en colegios caros y tuvo la plácida juventud de un muchacho burgués en el antiguo imperio austro-húngaro: las fotos familiares lo muestran en elegantes partidos de tenis, paseando por los *Wienerwald* de la capital austríaca o de vacaciones en algún destino exótico como Trípoli, la capital de Libia.

2

En ese parteaguas de 1938, las opciones de inmigración para una familia judía (incluso para una que no fuera especialmente devota, como los Ungar) eran en extremo limitadas. Si podían elegir, la mayoría se inclinaba por ir a Estados Unidos o Canadá; si no podían hacerlo (cosa bastante común), entonces enfilaban sus pasos en dirección a Brasil, Argentina o Chile. Según los cálculos del historiador polaco Avraham Milgram, entre 1933 y 1945 llegaron a América Latina unos 130 mil judíos, repartidos del siguiente modo: Argentina habría recibido unos 45 mil, Brasil, 25 mil; Chile, 15 mil, y luego, en una proporción establecida con cierto liberalismo, México, Uruguay, Cuba, Bolivia y Ecuador, entre 2 y 7 mil.

Agradecemos a la familia Ungar por permitirnos entrar en su casa y reproducir las fotografías familiares y materiales de la biblioteca para ilustrar este artículo.

1. El lector recordará que ese edificio, además de ser un ícono de la arquitectura modernista, es la razón por la que Adolf Loss, su diseñador, escribió *Ornamento y delito*.

Escribe todos los meses una columna en la revista *Arcadia* y trabaja como editor del Fondo de Cultura Económica de Colombia.



Hans Ungar niño, ca. 1920.

Colombia apenas destaca en esa contabilidad. Si nos fijamos de los datos de Gerhardt Neumann, fueron aproximadamente 6 mil los judíos que se establecieron aquí entre 1930 y 1945, lo que no sorprende, pues el nuestro jamás ha sido un país de inmigrantes². Los pocos que pudieron llegar antes de la Segunda Guerra Mundial tuvieron grandes dificultades para conseguir visas de residencia y, ya instalados, se encontraron con que existía una feroz polémica sobre la conveniencia de abrir nuestras fronteras a la inmigración de japoneses o europeos. En 1936, Enrique Santos Montejó, Calibán, el influyente columnista del diario *El Tiempo*, escribió que Colombia “no es ni será por lo menos en un futuro próximo tierra de inmigrantes”, enfatizando que

el judío de la Europa central representa uno de los tipos humanos más bajos. Es el resultado de siglos de encierro de los guetos, de hambres, persecuciones y miserias que le desmedraron físicamente, pero le aguzaron hasta lo increíble la astucia y todas las facultades defensivas y le han tornado cruel y rapaz. Las gentes de este origen son de estatura más que mediana y de salud endeble. No nos convienen. (Santos 1)

Con ese telón de fondo, con tantos prejuicios rondando en la cabeza de los periodistas más connotados, ¿por qué Ungar eligió venir a Colombia, suponiendo que haya tenido la oportunidad de elegir? ¿No habría tenido más sentido para él buscarse un destino en Buenos Aires o en Río de Janeiro?

3 La respuesta a esa pregunta siempre ha sido incierta. Que yo sepa, Ungar nunca dio mayores detalles al respecto y esa parquedad continúa en el recuerdo de sus familiares. Según su hija Elisabeth, todo indica que la elección de Colombia como país de exilio fue obra del azar y de las circunstancias:

Papá nos decía que cuando llegó a pedir la visa se encontró con una cola gigantesca. Pensó que era inútil esperar y decidió irse. En ese momento, salido de quién sabe

2. Como bien lo subraya él mismo, no es fácil hacer estos cálculos. Para obtener el permiso de entrada, hubo inmigrantes judíos que falsearon sus papeles y fingieron ser protestantes, cristianos o ateos. Es el caso del crítico de arte Casimiro Eiger, quien logró ingresar a Colombia en 1943 tras declarar que era un polaco católico. Este punto dificulta enormemente el registro de inmigración judía al país y por supuesto obliga a que se tomen los censos con las debidas precauciones (véase Neumann 386-398).

dónde, un militar lo agarró por la espalda y lo fue arrastrando hasta ponerlo a la cabeza de la fila. Más tarde, según nos contaba, se dio cuenta de que ese militar había sido compañero de su hermano en el ejército. (Ungar, E.)

Si en aquellos tiempos alguien quería emigrar a nuestro país, debía cumplir una serie de requisitos particularmente onerosos. El 28 de mayo de 1936 se había aprobado el decreto 1194, por el cual “los búlgaros, chinos, egipcios, estones, griegos, hindúes, latvios, letones, libaneses, lituanos, marroquíes, palestinos, polacos, rumanos, rusos, sirios, turcos y yugoslavos” estaban obligados a presentar en el respectivo consulado colombiano documentos que comprobaran su buena conducta, salud y honorabilidad, además de pagar mil pesos por cada hombre cabeza de familia, cantidad que, según cálculos del economista David España, equivaldría actualmente a unos diez millones de pesos. No era todo. Las madres o esposas debían aportar 500 pesos, los hijos menores de 20 años, 250 pesos y los menores de 10 años, 100 pesos (véase Leal).

El pago, valga decirlo, no les garantizaba nada. Al llegar a Buenaventura o a Barranquilla perfectamente podía suceder que los funcionarios de aduana desconocieran las visas o que cobraran caprichosos timbres nacionales sobre el equipaje.

Entre los judíos, estas resoluciones afectaban principalmente a rusos y polacos. Sin embargo, a medida que el antisemitismo fue ganando partidarios, el gobierno dejó de considerar su aplicación una facultad de los cónsules y empezó a extenderlas a cualquier “israelita”. En 1938, apenas nombrado en el cargo, el canciller Luis López de Mesa decidió ser tajante al respecto:

Considera el Gobierno que la cifra de cinco mil judíos actualmente establecidos en Colombia constituye ya un porcentaje imposible de superar, a pesar de los sentimientos humanitarios que naturalmente inclinan la acogida benévola de las minorías raciales hoy perseguidas. Esto hace necesario que los cónsules bajo su jurisdicción OPONGAN TODAS LAS TRABAS HUMANAMENTE POSIBLES A LA VISACIÓN DE NUEVOS PASAPORTES A ELEMENTOS JUDÍOS. (Ctd. Galvis y Donadío 217)

Una legislación así, tan severa y al mismo tiempo tan ambigua, se prestaba para diferentes actos de corrupción, como en efecto ocurrió. Lina María Leal Villamizar ha documentado que el gobierno cesó en 1938 a E. Eckert, secretario del cónsul de Colombia en Viena, al descubrirsele “un negocio fraudulento de visas a cambio de dinero”, suerte parecida a la de Ernesto Langebach, cónsul colombiano en Frankfurt, al que despidieron ese mismo año por “beneficiar a otros judíos con visas colombianas” (63).

¿Tuvo Ungar relación con alguno de estos personajes? ¿Hizo lo que tantos judíos desesperados hicieron en su momento y compró, por medios poco ortodoxos, una visa para un país del que seguramente no sabía nada? ¿Estaba aquel militar vinculado a esa red de funcionarios corruptos? Es imposible afirmarlo, no solo porque la información disponible es fragmentaria, sino también porque Hamburgo, puerto por el que Ungar salió de Europa, sugiere una segunda serie de preguntas.

4

Al menos para un inmigrante judío, el viaje en 1938 desde Austria hasta América Latina implicaba elegir entre dos caminos. Uno consistía en ir hacia el norte, descansar en Praga y luego tomar un vuelo de avión hasta Ámsterdam; el otro, no menos largo, implicaba dirigirse hacia el este, reponer fuerzas en Váduz o

en Zúrich y desde allí cruzar la frontera francesa, siempre con la idea de llegar hasta el sur, a Marsella o Montpellier. La mayoría de austríacos que vino a Colombia tomó una de esas dos rutas, entre ellos la jovencísima Lilly Blair, quien a la vuelta de pocos años terminó siendo la esposa de Hans Ungar y cuya familia escapó de Europa a través de Holanda³.

En cambio, salir desde Hamburgo, un puerto mucho más al norte y con una oferta menor de pasajes interoceánicos, resultaba atípico, excepto si había motivos para encarar una ruta con tantos peligros y en la que los inmigrantes podían caer en cualquier momento en manos de la Gestapo.

Y esos motivos, a veces, existían.

Sabemos que, además de los procesos iniciados a funcionarios por vender visas fraudulentas, no faltaban las quejas contra los diplomáticos que las otorgaban por razones acaso humanitarias, convencidos (aunque quién sabe) de la inmoralidad del régimen nazi.

En su primer informe al gobierno colombiano, el ministro plenipotenciario en Alemania Jaime Jaramillo Arango se quejaba de que

Con el señor cónsul de Hamburgo he tenido algunas diferencias relativas en particular a la interpretación y cumplimiento del pensamiento y de las disposiciones del gobierno en materia de inmigración judía. Desde el día mismo de mi llegada a Alemania, el 3 de agosto, le di a conocer las instrucciones verbales que traía de los doctores López y Santos de suspender las visaciones a inmigrantes israelitas, salvo casos especiales que debería consultar conmigo, hasta tanto se expedía la nueva reglamentación sobre la materia, de la que en particular me ha hablado el señor presidente entrante [Jaramillo se refiere a Eduardo Santos]. No obstante lo cual —seguía diciendo— el señor cónsul siguió dando siempre algunas visas. (AMRE, *Legación*)

Las “diferencias” a las que se refiere Jaramillo Arango no debían ser menores, pues también sabemos por el testimonio de otro austríaco —el crítico de arte Walter Engel⁴— que el cónsul Antonio Carrizosa era poco amigo de ponerles trabas a los viajeros desesperados. Al momento del *Anschluss*, Engel se encontraba en París en un viaje de negocios. Sin embargo, regresó a Viena por su esposa Herta y por sus padres. Fue su hermano Paul, profesor en la Universidad Libre de Bogotá, quien contactó a Carrizosa y le explicó que, dada la situación, la familia necesitaba ser eximida de algunos requisitos, entre ellos, el de viajar todos juntos. Peticiones como esa eran frecuentemente desatendidas, pero el cónsul de Hamburgo no tuvo reparos en aprobarla.

Sin descartar la primera hipótesis —la compra de una visa espuria en Viena o en Frankfurt—, tengo para mí que Ungar pudo oír sobre este funcionario y decantarse por la vía de Hamburgo con el único propósito de conocerlo. Al fin y al cabo, su objetivo nada más pisar suelo colombiano era apelar al sistema de cuotas para conseguir, como los Engel, una visa adicional para el resto de la familia. En casos así, la amistad de un diplomático comprensivo, conocedor de las circunstancias europeas, no era precisamente desdeñable.

Walter y Herda Engel viajaron a Colombia en julio de 1938 en el vapor Roda. ¿Habrán coincidido con Ungar? No es imposible, pues aunque ignoramos si este último tomó ese barco, las fechas de viaje son prácticamente las mismas.

3. En *Cartas para Mirjam y Raphael. Regreso y vuelta a casa*, el profesor austríaco Thomas Chaimowicz explica, con un puntillismo admirable, los angustiantes imprevistos que él y su familia vivieron mientras intentaban llegar a Holanda a través de Praga y Leipzig. El libro también es una espléndida fuente de información sobre el viaje desde Ámsterdam hasta Colombia y sobre lo que esperaba a los judíos expulsados por el nazismo en su nuevo país de residencia (11 a 54).

4. Véase a este respecto Bolbecher y también *A History*, sobre todo el capítulo V, “Post-War Austrian Immigration to Canada”, de Bettina S. Steinhauser.

5

Las irregularidades en la expedición de visas no eran un patrimonio exclusivo del gobierno colombiano. En Bogotá, el arquitecto y cónsul honorario de Austria Karl Heinrich Brunner-Lehenstein tampoco era amigo de seguir el reglamento de un modo mecánico⁵. Valido de su influencia, consiguió que, no obstante la resistencia de la Cancillería, a muchos refugiados se les concediera asilo político. Fue tan exitoso en sus gestiones, que hasta logró que el alcalde Gustavo Santos invitara a la compañía de baile de Gertrud Bodenwieser a los festejos por el cuarto centenario de Bogotá y, una vez finalizados estos, a que hiciera una extensa gira por el resto del país.



Hans Ungar, con su hermano mayor Fritz.

Más que un capricho o una veleidad de burócrata, fue una decisión de vida o muerte. De ese modo, su hija Magda, bailarina en la compañía de Bodenwieser, y su esposa (a la que habían registrado como guardarropa) pudieron escapar de las purgas nazis en Viena. No tuvo la misma suerte Friedrich Rosenthal, el esposo de Gertrud. Detenido, como Fritz Ungar, poco después del *Anschluss*, fue imposible que viajara con la compañía y murió tres años más tarde en un campo de concentración.

Un papel similar al de Brunner-Lehenstein cumplieron dos acaudalados y cultos hombres de negocios, Bernardo Mendel y Fritz Friedmann. El primero había llegado en 1928 a Colombia, donde fundó la compañía EMPO —Equipos Modernos Para Oficina—, que importaba productos de Shwayden Brothers, Smith Corona y Gestetner, además de ser el representante exclusivo de Bell & Howell —los fabricantes de proyectores cinematográficos— y el segundo mayor distribuidor nacional de Eastman Kodak (Véase Pombo 96-98). El segundo se había establecido en Bogotá en 1937 como experto en maquinaria textil y muy pronto tuvo una destacada participación en ramas tan disímiles como la industria editorial y la manufactura de prendas (era experto en coloración). Conscientes de lo que representaba el nazismo, no vacilaron en ofrecer puestos de trabajo total o parcialmente falsos si eso garantizaba la obtención de una visa para un connacional en peligro.

6

Ungar llegó a Puerto Colombia a mediados de julio de 1938. Había aprovechado el largo viaje para estudiar algo de español, confiando en que esos rudimentos, más su dominio del inglés, el francés y el alemán, le abrieran alguna puerta en su nuevo destino. Al día siguiente, una vez superados los complejos trámites aduaneros, se embarcó en un vapor que lo llevó hasta Honda, en las riberas del río Magdalena, y allí tomó el tren que, silbando entre bosques de eucalipto, acabó por depositarlo en la capital colombiana. Por el resto de su vida recordaría los caimanes asoleándose en los playones y el calor turbio, pegajoso como un esparadrapo, que lo acompañó en la travesía.

5. “El consulado austríaco fue cerrado después del *Anschluss* a petición del Ministerio de Relaciones Exteriores colombiano. Pero el cónsul Brunner-Lehenstein siguió extendiendo certificados oficiales, que en la práctica eran reconocidos.” (Bolbecher 94)

El 7 de agosto de 1938, un sonido marcial despertó a Ungar, un clarín que él ya conocía desde antes y que lo hizo buscar afanosamente una ventana. Sencillamente, no podía entender lo que estaba viendo: abajo, en una calle adyacente a la Plaza de Bolívar, desfilaba una banda prusiana en cuyos pendones refulgía el águila imperial de los Habsburgo. Por un segundo, alcanzó a pensar que todavía estaba en el Stadtpark de Viena, que los 9 mil kilómetros de viaje solo habían sido un ensueño y que los húsares desplegados allí abajo eran simpatizantes nazis vitoreando a Hitler el día del *Anschluss*. Su casera lo tranquilizó. “No se preocupe —le dijo mientras le alcanzaba un café—; son los muchachos de la Guardia Presidencial”.

Ungar recordó en numerosas entrevistas este equívoco momentáneo. Lo que nunca dijo es que la Bogotá de ese entonces era bastante parecida a la Viena de la que se había marchado. Ahí también se discutía sobre la raza y también se hablaba con creciente animadversión de los extranjeros. Ahí también había partidarios de Hitler y también se miraba con suspicacia a “los polacos”. Dado su precario conocimiento del español, no es verosímil que haya leído las furibundas columnas de Laureano Gómez en *El Siglo*, en las que, citando *Los protocolos de los Sabios de Sión*, el dirigente conservador denunciaba la inminente toma del poder por parte de grupos semitas (“Ojo, están cerca”). En cambio, nada cuesta imaginar que en sus primeros paseos haya visto en cualquier vitrina el ensayo *Colombia ante los judíos*, de Salvador Tello Mejía, y que su tapa le haya causado un sobresalto. ¿Cómo no?, si en ella aparecía el dibujo de un “israelita clásico” tachonado con la expresión ¡*Peligro!*

¿Se habrá topado Ungar en sus primeros paseos con *klapers*? Se les llamaba así a los buhoneros judíos, normalmente polacos, que se dedicaban al comercio de ropa y que deambulaban por el centro de Bogotá o por barrios de esta ciudad como Las Nieves y Las Cruces ofreciendo su mercadería. (*Klaper* quiere decir “el que golpea de puerta en puerta”.) Los *klapers* habían traído al país un instrumento financiero desconocido: la venta a plazos, que rápidamente les granjeó tanto el favor de los clientes, como la animadversión de sus colegas colombianos⁶.

Esta exasperación alcanzó su punto de ignición en 1936, cuando representantes de las cámaras de Comercio de Bogotá, Cali, Medellín, Barranquilla, Cartagena, Palmira, Honda, Bucaramanga y Cúcuta empezaron a exigirle al Ministerio de Relaciones Exteriores que frenara inmediatamente la inmigración al país de “elementos indeseables”, sobre todo si eran de “raza hebrea” (AMRE, *Correspondencia*).

Irritado por lo que a sus ojos era “una conspiración mundial israelita”, el político y escritor Salvador Tello Mejía intervino en esa querrela con un libro cuya radicalidad acaso sea la causa que lo convirtió en un pequeño éxito de librerías. (Cuando Ungar llegó a Colombia, ya iba por la tercera reimpresión⁷.)

En aquellos tiempos, en las discusiones sobre racismo e inmigración, lo habitual era seguir las propuestas de Miguel Jiménez López. Este médico boyacense había causado un gran revuelo en 1918 al sostener, durante un congreso en Cartagena, que el mestizaje no era “parte del proceso de selección natural” y que, por eso mismo, resultaba “poco ventajoso para el perfeccionamiento físico y moral de la población colombiana”. Según sus teorías, la mezcla entre españoles,

6. Por ese motivo, al crédito en nuestro país se le decía “plazos polacos”. Los cuentos de *Gentes en la noria* (1945), de Salomón Brainsky, y las memorias *Yo vi crecer un país* (1982), de Simón Gubereck, ofrecen vívidos testimonios de la forma en que se ejercía ese difícil oficio.

7. El libro se publicó en 1936, en los talleres de la Tipografía Municipal.



Paul Ungar y Alice Kramer, padres de Hans Ungar. La fotografía es del año 1927.

indígenas y negros nos había dejado una “raza imperfecta”, que por sus características afectaba notablemente nuestro desempeño económico.

Basado en esas premisas y en un estudio comparativo de la inmigración en Estados Unidos, Argentina, Uruguay y Paraguay, Jiménez López elaboró en 1929 un proyecto de ley encaminado a fomentar la llegada de “extranjeros útiles para el desarrollo”⁸.

No serán —decía— ya los hechos económicos ni aun las consideraciones humanitarias sino los postulados de *la eugénica* lo que habrá de inspirar las leyes de inmigración en todos aquellos países que atraen el excedente humano de los viejos continentes. (Jiménez 35)

En la práctica, lo anterior significaba que Colombia debía permitir la entrada de alemanes, ingleses, italianos y españoles —sobre todo vascos—, al mismo tiempo que se desalentaba la de africanos y asiáticos. Sin decirlo explícitamente, Jiménez López asumía que ese inmigrante, además de blanco y europeo, también debía ser católico. Los judíos no entrañaban para él ningún peligro; en sus cálculos, seguramente no existía la posibilidad de que se interesaran por venir a un país como el nuestro. Esa displicencia sin embargo dejaba una vasta zona en penumbras: ¿qué debía hacer entonces el gobierno nacional con inmigrantes como Ungar que, además de tener educación, cumplir con el fenotipo racial exigido y ser parte de los “extranjeros útiles para el desarrollo”, también eran judíos?

En su libro, Tello intentaba responder a ese interrogante con un peculiar giro. Mientras Jiménez López ponía el acento en *la raza*, él lo ponía en *el comercio*. Colombia no podía negar la entrada a los judíos argumentando que tuvieran una religión distinta, que fueran comunistas, excesivamente inteligentes o nos expusieran a enfermedades desconocidas. Debía negársela porque eran “portadores de un imperialismo que entraña máximos peligros para la economía nacional”. Dicho de otro modo: el antisemitismo, más que producto de las ideas religiosas, era consecuencia del nacionalismo económico. La inmigración europea, por lo tanto, era bienvenida, siempre y cuando no estuviera compuesta por *klapers* dispuestos a competirle peligrosamente al obrero y al trabajador del país.

9

¿Estaba Ungar al tanto de ese clima? ¿Advertía que a los judíos se les veía con recelo? No lo sabemos, pero tal vez fue eso y el hecho de que hablara defectuosamente el idioma lo que hizo que su primer impulso fuera buscar trabajo en compañías extranjeras (o dirigidas por extranjeros). Se puso a escribir cartas, con la buena fortuna de que, unos días más tarde, le respondió el ciudadano inglés Douglas Hubard, propietario del salón de modas A. J. Alexandor, una lujosa peletería ubicada en la calle 12 con carrera séptima. En aquel tiempo, la séptima —también llamada Avenida de la República— era el imperio de las peleterías. Apiñadas en unas pocas cuadras, además del Salón Alexandor estaban La Siberia, La Francesa, el Almacén Milán, la Peletería Riga, El Encanto, La Selecta, la Peletería Canadá y la Casa Austria, todas dedicadas a la venta de ropa europea y de finos artículos de cuero. Todas, también, regentadas por judíos, lo que no era necesariamente un consuelo. (Según el melodramático Tello Mejía, la séptima era “el epicentro de las actividades israelitas” donde cada mes se reunían “los agentes secretos que extorsionaban otros departamentos”.)

Ungar obtuvo el puesto por su experiencia en el ramo (el negocio familiar en Viena también era una peletería), lo que meses más tarde le permitió organizar

8. La frase está consignada en AMRE (*Material*).



Hans Ungar, con sus compañeros de colegio. Entre los de pie, es el primero de izquierda a derecha.

uno de los primeros desfiles de moda en el país. Sin embargo, la razón por la que vale la pena recordar el Salón Alexandor es distinta: gracias a él, Ungar encontró el camino a una vida completamente insospechada.

10

En 1936, el poeta mexicano Gilberto Owen fundó en Bogotá una pequeña librería para vender libros y revistas en inglés, además de papeles finos y artesanías de su país natal. El local, cuyo nombre se lo daba el año de su fundación, estaba en un pasaje que comunicaba la calle 14 con la Avenida Jiménez, entre dos edificios gemelos contruidos por la firma Casanova y Manheim y bautizados simplemente “Santa Fe”⁹.

Estrecho y concurrido, el Pasaje Santa Fe era lo que en Francia llamaban un *impasse*, es decir, una vía peatonal dedicada al comercio. Ahí se localizaban, además de 1936, la librería de Owen, las oficinas de Avianca, la Heladería Monte Blanco, la sastrería Roff, la zapatería Parisina y dos cafés de estudiantes, El Rhin y el Pasaje. A la vuelta, estaban las sedes de *El Tiempo* y *El Espectador* y más arriba, sobre la calle 14, el Café Asturias, sede habitual de la tertulia comandada por el poeta Alberto Ángel Montoya.

A los pocos días de inaugurar su comercio, Owen hizo publicar en *El Tiempo* un aviso en inglés que era toda una declaración de principios:

Visiting «1936» Bookstore and Art Exhibition, means quiet comfort in selecting, whole-hearted counsel when undecided, non-aggression when browsing. Best of modern books, fine bindings, unusual art and illustrated books. (“Cosas del Día”)¹⁰

9. En 1968, el módulo oriental del edificio Santa Fe se declaró bien de utilidad pública y se demolió dos años más tarde. En su lugar, se construyó la actual Plazoleta del Rosario.

10. “Visitar «1936», Librería y Galería de Arte, implica un confort silencioso en la selección, consejos sinceros en caso de indecisión y ninguna agresión al hojear. Lo mejor de los libros modernos, finas encuadernaciones, arte inusual y libros ilustrados.” (trad. Mario Jurisch).

La misteriosa apelación solo es comprensible si atendemos a que en esa época las librerías eran diferentes a las que conocemos ahora. Por lo general, únicamente ofrecían

libros religiosos para bautismos y primeras comuniones, textos escolares y principalmente libros en español importados de Argentina y España, entre ellos las pocas traducciones disponibles de la literatura y la filosofía contemporáneas. (Ríos 252)

Al lector le estaba vedado entrar y curiosear a su antojo; era un empleado, invariablemente adusto, quien recibía el pedido y lo buscaba en los estantes. (De ahí que se llamaran “librerías de mostrador”).

El local de Owen, en cambio, además de rebosar de novedades en inglés, permitía que el cliente, en vez de pedir el libro que necesitaba o que ya tenía escogido, entrara sin temores, picoteara por aquí y por allá y, si estaba indeciso, recibiera a “whole-hearted counsel”. A veces, con el local abarrotado, los compradores de confianza podían pasarse al Café Pasaje y revisar allí los tesoros literarios que estaban codiciando.

Owen regentó la librería por un par de años, al cabo de los cuales se la vendió a Paul Wolff, un ciudadano austríaco nacionalizado en Colombia, quien mantuvo el énfasis en la venta de revistas y libros en inglés y quien con toda seguridad la rebautizó como Librería Central.

II

Decir que la Librería Central “estaba en el camino de Ungar” no es exactamente una metáfora. Al contrario: todos los días, al salir de su trabajo en el Salón Alexandor, Ungar debía pasar frente a ella, pues la peletería de Mr. Hubard quedaba a unos pocos pasos del Pasaje Santa Fe. Nada cuesta imaginar que a un amante de los libros como él le atrajeran esa calle pletórica de estudiantes y ese minúsculo paraíso bibliófilo donde además podía hablar en su lengua materna¹¹.

Pero incluso si la librería hubiera estado en otro sitio, Ungar fatalmente habría tenido que llegar hasta ella. A finales de los años treinta, la colonia austríaca en Colombia era pequeñísima: según Alberto Kleiner, no debía superar las 526 personas. (Los alemanes, en cambio, eran 2.347, los polacos, cerca de 900 y los húngaros, 621 [Sociedad de Socorro 21 y ss.]). Lo primero que hacían quienes llegaban a Bogotá provenientes de Austria era buscar al cónsul Brunner en el Departamento Municipal de Urbanismo, pues Austria no tenía una sede diplomática formal; después, ya instalados, no era extraño que se dejaran ver en alguna de las múltiples reuniones sociales que Brunner organizaba en su casa de Teusaquillo¹².

En esa geografía de afectos e intereses, la Central funcionaba como un punto informal de encuentro y como un consulado alternativo. Los que previamente se habían conocido donde Brunner, acababan yendo tarde o temprano a la estrecha librería del Pasaje Santa Fe con el fin de ponerse al día, tomarse un tinto o simplemente pasar el rato. A la Central iban el médico Paul Engel y su hermano Walter, la fotógrafa Hermi Friedmann, la poeta Trude Krakauer, el dibujante Fritz Lichtenberg, la actriz Trude Löwy, el filósofo Thomas Chaimowicz y la soprano Vally Lindholm. Con el tiempo, todos se hicieron amigos y conformaron una colonia de fuertes lazos endogámicos. En una fecha tan temprana como 1941, el profesor Gerhard Neumann observaba con acritud que

11. En “El Café del Rhin y la palabra churro”. Álvaro Castaño Castillo describe con enorme colorido los bares universitarios del Pasaje Santa Fe. Cabe conjeturar que Castaño y Ungar, amigos cercanos toda la vida, pudieron haberse conocido en alguna de las fiestas estudiantiles que, sin mayor premeditación, se organizaban en aquel mítico callejón.

12. En el directorio telefónico de 1948, Brunner da como lugar de residencia la calle 34 N° 13-26. En ese mismo lugar, pero en el número 13-28, funcionaba la escuela de danza de su hija Magda.



Antiguo Pasaje Santa Fe, en 1949. La Librería Central ocupaba el tercer local a la izquierda. Cortesía Revista Cromos, 1680, 21 may. 1949, 2.

los refugiados vieneses no muestran interés en su parentesco alemán y prefieren asociarse con otros austriacos; en Barranquilla incluso establecieron su propia congregación. Otros forman círculos pequeños y exclusivos basados en el esnobismo y las buenas conexiones. (Neumann 394)

12

Con todo y que a Neumann no le faltaba razón, sus reproches merecen al menos un par de apostillas. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, la presencia nazi en Colombia era difusa pero abarcaba los campos más inesperados. Por ejemplo: cuando se inauguró el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, en julio de 1938, la embajada alemana participó en los festejos de apertura con una exhibición de libros y folletos de orientación fascista. El *Anchluss* había tenido lugar apenas tres meses antes; aun así, nadie, salvo los exiliados por las políticas hitlerianas, manifestó la menor inquietud con la muestra, ni con el ostentoso despliegue de una esvástica encomendado por el embajador Wolfgang Dittler¹³.

Ese hecho, sumado a otros del mismo estilo, comenzó a evidenciar un creciente antagonismo entre las comunidades germano-parlantes establecidas en Colombia. Los austríacos intentaban diferenciarse de los *klapers* y de los alemanes por cuestiones religiosas, educativas y de estratificación social, pero sobre todo por urgencias políticas.

El 18 de julio de 1941, cuando ya la guerra estaba en cotas máximas, apareció en *El Liberal*, de Bogotá, una lista con más de 200 nombres de personas y empresas, la mayoría alemanas, a los que el gobierno de Estados Unidos acusaba de tener simpatías nazis. Como consecuencia de ello, el presidente Santos

13. Véase el siguiente enlace: http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/105596/0 (Biblioteca Nacional-Fondo López). Para la apertura del nuevo edificio, Daniel Samper Ortega, director de la Biblioteca, había ideado un ambicioso ciclo de conferencias, conciertos, exposiciones pictóricas y muestras bibliográficas, bajo el título Exposición del Libro. Alemania no era el único país invitado; también estuvieron presentes Francia, Bolivia, Perú, España, Inglaterra y Estados Unidos. La exposición estuvo abierta entre el 20 de julio y el 30 de septiembre de 1938. Para esas fechas, Ungar ya tenía un mes de haber llegado a Bogotá. ¿Habrá ido a ver la muestra?

impuso una amplia serie de restricciones contra los alemanes residentes en el país —ninguno de ellos podía, por ejemplo, cobrar cheques, manejar establecimientos públicos o vender licores— y dio instrucciones para que, si la policía lo consideraba conveniente, los sospechosos de congeniar con el régimen del Führer fueran confinados en campos de concentración. Más de 600 ciudadanos alemanes fueron conducidos a Cachipay o a Fusagasugá, donde permanecieron hasta el final de la guerra¹⁴.

Con ese panorama de fondo, se entiende la urgencia de los austríacos por alejar de ellos cualquier barrunto de fascismo. Hubiera sido particularmente irónico que, tras ser expulsados de sus países por el Tercer Reich, ahora se les marginara de nuevo por hablar la misma lengua de sus verdugos.

Es en ese contexto donde el destino de Ungar y el de la Central empiezan a mezclarse. Un grupo encabezado por él y por Kolomann Brunner, el hijo mayor de Karl Brunner, fundó en septiembre de 1941 el Comité de los Austríacos Libres en Colombia con el objeto inmediato de que no se les incluyera en ninguna lista negra¹⁵, si bien sus propósitos eran considerablemente más amplios. El Comité también abogaba por que el Estado colombiano reconociera a Otto de Habsburgo como representante del gobierno austríaco en el exilio, porque se le cambiara en los documentos personales el dato del país de origen —que dijeran “Austria”, no “Alemania”—, porque, una vez vencidos, sus pasaportes siguieran siendo válidos y porque pudieran moverse libremente en el país, sin necesidad de presentarse ante las autoridades de policía.

Esas actividades las combinaban con la organización de veladas musicales, conferencias, rifas, obras de teatro, cursos, torneos deportivos, paseos al campo¹⁶ y en general cuanta actividad pudiera aliviar la dura vida de los exiliados. Ungar desempeñó un papel protagónico en todas esas gestiones. Además de ser el secretario de la organización, convirtió a la Central en la sede de los encuentros del Comité y —¿quién sabe?— tal vez ayudó a que clientes colombianos de la librería, como el filósofo Danilo Cruz Vélez y el abogado Alfonso Palacio Rudas, se convirtieran en aliados de la causa austríaca. ¿Habría sido por eso que mucho tiempo después, cuando le preguntaban por aquellos años, insistiera en que él iba a la Central “en calidad de visitante, no de comprador”?

13

Permítaseme un excursio. Al margen de su mayor o menor adaptación en el país de exilio, es común que los inmigrantes reproduzcan en tierras foráneas algunas de sus costumbres e instituciones. Los austríacos no fueron una excepción. Se acababan de bajar de los barcos en que vinieron y ya estaban curioseando la naturaleza y el campo colombianos con la misma pasión con que antes habían explorado los bosques en las inmediaciones de Viena. Para quienes vivían en Bogotá, pueblos como Nobsa, Útica o Choachí se convirtieron en destinos turísticos habituales. A esa afición añadieron el gusto no menos germánico de asistir con frecuencia a veladas musicales, ya fuera en los teatros capitalinos o en residencias privadas. (Ungar hizo ambas cosas: no solo fue un devoto seguidor de los conciertos del Teatro Colón, sino un aplicado montañista en los grandes picos del Tolima¹⁷.) Muchos inmigrantes estaban acostumbrados a alimentar su espíritu con la rica fuente de las tradiciones culturales centroeuropeas —literatura, música (oída y ejecutada), pintura, etc.—, de modo que su primer impulso fue mantener, incluso a costa de grandes sacrificios, el ambiente del mundo en que habían crecido.

14. En *Los informantes*, Juan Gabriel Vásquez recrea la vida de una inmigrante judía en la Colombia de la Segunda Guerra Mundial y por su intermedio reconstruye los turbios motivos que dieron lugar a las listas negras. Hans Ungar y su esposa aparecen como personajes de la novela.

15. La directiva del Comité estaba conformada por Kolomann Brunner-Lehenstein como presidente; Hans Ungar como secretario y Franz Lichtenberg, Heinrich Kreisler y Peter Müller como vocales. En una entrevista concedida a Enrique Biermann, Ungar explicó que “las listas negras habían sido un invento de los norteamericanos”, pero que en ellas “casi no hubo austríacos” porque “lograron conseguir cierta posición especial que los diferenciaba de los alemanes nazis” (Bierman 132).

16. Ungar conoció a su esposa, Lilly Blair, en 1940, durante un paseo en tren a Útica. La excursión, según me contó la propia señora Blair, había sido organizada por el Comité de los Austríacos Libres.

17. Aunque Ungar detestaba el calor, en su juventud viajó a lugares tropicales y de difícil acceso en Colombia. Estuvo en el Vaupés, la Sierra Nevada de Santa Marta y la Guajira; también en la Serranía de la Macarena como parte de una expedición científica al lado de Richard Evan Schultes. Probablemente de ahí venga su posterior afición a comprar libros de naturalistas, de los que llegó a tener una notable colección.

El caso del poeta alemán Erich Arendt y de su esposa Katya es particularmente ilustrativo a este respecto. Cuando llegaron a Bogotá en 1942, sus únicas posesiones eran una pequeña maleta de mano y dieciséis dólares. Preocupados por no morir de hambre, empezaron una empresa casera de chocolates, que apenas sí les permitía subsistir en medio de grandes penurias. Eso, sin embargo, no les impidió alquilar un piano y organizar en su apartamento de la Caracas con calle 23 una alegre tertulia a la que asistía toda la élite intelectual del exilio. En esas reuniones, Katya cantaba o tocaba el piano; Erich hacía lo propio con el violín. Como sucedió con otros emigrantes de la Alemania de Hitler, la música clásica les proporcionó un pretexto para reunirse y, lo que es más importante, un núcleo de indudable solidez en torno al cual reconstruir la cultura centroeuropea que estaban decididos a preservar.

14

Todavía no se ha esclarecido el papel protagónico de Bernardo Mendel en el desarrollo de la música culta en Colombia. Al comienzo, sus actividades musicales se limitaron a tocar el piano ante amigos (era tan virtuoso, según el testimonio de quienes lo escucharon, que hubiera podido seguir una carrera profesional) y a importar pianos verticales y de cola marcas L. Bösendorfer y W. Hoffmann. Pero después, quizá con el ejemplo de la Gesellschaft der Musikfreunde rondándole la cabeza, decidió fundar en Bogotá una institución similar¹⁸ y convertirse él mismo en patrocinador de conciertos.

No es fácil saber si Mendel conocía las sociedades filarmónicas, tan presentes en la vida latinoamericana desde mediados del siglo XIX; aun así, debía compartir sus propósitos civilizatorios y ser consciente de que eran actividades bien vistas y con inmenso reconocimiento público, sobre todo entre la clase alta. (Ellie Anne Duque ha observado con perspicacia que, si bien la Iglesia nunca ha dejado de censurar a la música popular en Colombia, no se conocen escándalos de índole moral ni amenazas de excomunión por asistir a conciertos de música culta).

Fueran cuales fueran los motivos de Mendel para fundar la Sociedad de los Amigos de la Música, lo cierto es que a finales de los años treinta su compañía empezó a traer a varios de los principales artistas de la época. A Bogotá vino gente como Wilhelm Backhaus, Rudolph Serkin, Andrés Segovia, Isaac Stern, Gregor Piatigorski, el Bach Aria Group, Gaspar Cassado y muchos otros más. Sabemos por los diarios de Katya Arendt¹⁹ que la colonia de exiliados por el nazismo no se perdía esas veladas²⁰, a las que también asistían los hermanos Otto y León de Greiff, los ensayistas Jorge Zalamea y Hernando Téllez, los periodistas Calibán y Roberto García Peña, además de políticos cultos como Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo y Luis López de Mesa. Con seguridad, a esto se refería Gerhard Hauptmann cuando hablaba de que los austríacos se movían en “círculos pequeños y exclusivos basados en el esnobismo y las buenas conexiones”. Es fácil suponer que ahí, en ese ambiente relajado de los conciertos, muchos refugiados conocieron a los principales animadores de las artes y la política en Colombia, y que eso les abrió puertas que de otra forma ni siquiera habrían podido tocar.

15

En los años cuarenta, no solo Ungar sino muchos otros empleados como él terminaban su jornada de trabajo tomándose una cerveza en alguno de los múltiples cafés situados sobre la carrera séptima o en las calles adyacentes: El Viena, El Viscaya, El Majestic. Es posible que Ungar recalara con alguna frecuencia en El Molino, pues, además de estar a escasos metros de la peletería Alexandor,

18. La Gesellschaft der Musikfreunde (Sociedad de los Amigos de la Música) funciona en Viena desde 1812 y fue la responsable, entre otras cosas, de la construcción del Musikverein de Viena. Por una carta del librero Franz Deuticke, sabemos que Ungar siguió con atención la reconstrucción del edificio, seriamente afectado durante la guerra. “No hemos ido todavía a la nueva ópera, pues estamos esperando a que los precios bajen. Sin embargo, hemos escuchado todo en la radio. Yo creo que usted se alegrará con el nuevo edificio”. La Sociedad fundada por Mendel tenía sus oficinas en la carrera 7 N° 12-62, local 12.

19. Erich Arendt hablaba perfectamente español, pues antes de venir a Colombia había vivido en España y combatido en la Guerra Civil española. Tradujo muchísimos libros latinoamericanos al alemán, entre ellos *El Gran Burundún-Burandá ha muerto*, de Jorge Zalamea, con quien lo unía, además de las afinidades políticas de izquierda, el gusto por la música y la circunstancia de que ambos estuvieran casados con mujeres judías.

20. En el documental *Foto Hermi: sellos de luz* (2016), de Gerrit Stollbrock, un sobrino de Hermi Friedmann menciona que Mendel solía contratarla para tomar fotos de los artistas que la Sociedad traía a Bogotá y que “en el Teatro Colón casi el 90% de las fotografías que estaban colgadas en los pasillos fueron hechas por ella”.

allí podía leer en el tablero de *El Espectador* las últimas noticias de Colombia y el mundo.

Thomas Chaimowicz, que entonces trabajaba como traductor de correspondencia comercial, dejó dicho que

Todas las tardes, después del cierre de las oficinas, nos trasladábamos al tablero del vespertino *El Espectador*, parecido a nuestro diario *Kurier*, aunque el lenguaje que usaba era más sofisticado. Si se tenía que informar de algún acontecimiento especialmente grave, aparecía en letras grandes en ese tablero; por ejemplo, cuando los buques de guerra británicos hundieron la nave Admiral Spee, tras una larga búsqueda y captura en la bahía de Montevideo, o cuando las tropas alemanas invadieron Bélgica y Francia. No obstante, lo que más me impresionó fue la muerte de Sthephan Zweig, cuya obra *El mundo de ayer* (*Die Welt von Gestern*) fue quizá uno de los libros más leídos en los años de la guerra. Casi todo el tablero de *El Espectador* estaba lleno de letras enormes, que nos informaban sobre su suicidio: SUICIDIO DE STEPHAN ZWIEG. Que la muerte de un escritor austríaco pudiera conmover de esta manera masiva a todo un subcontinente dice quizá mucho más sobre la situación intelectual que cualquier otra observación. Austria, que oficialmente ya no existía, estaba presente, sin ser de menor importancia, en la historia de Latinoamérica, que estuvo durante mucho tiempo bajo el control de la Casa de Austria. (32)

Es tentador hacer la pregunta: ¿estaban juntos Ungar y Chaimowicz ese 22 de febrero de 1942? ¿Se habrán enterado al unísono de la muerte del portavoz por excelencia de los refugiados judíos en el exilio? ¿Habrán comentado, ese día o en



Elisabeth Ungar, con su padre y una de sus hijas.



Lilly Blair.



Hans Ungar, en compañía
de su hijo mayor Antonio.
Fotografía de F. Florián.

los días posteriores, la infausta noticia? Aún faltaban varios meses para que la editorial Bermann-Fischer publicara clandestinamente en Estocolmo *El mundo de ayer*²¹; con todo, es dable conjeturar que una melancolía de tintes parecidos estuviera coloreando el ánimo de Ungar. Sin noticias de su familia, con la guerra en apogeo, es posible que haya tomado decisiones trascendentales: casarse con su novia Lilly Blair²², ser parte de un país en el que hasta entonces únicamente había vivido como expatriado y reconstruir, de algún modo, ese mundo que el destino había reducido a cenizas.

16

Portada del programa de mano para *El murciélago*.
Colección Biblioteca Nacional.



Nada sintetiza mejor lo dicho hasta aquí que el fastuoso estreno, en el Teatro Colón de Bogotá, de la opereta *El murciélago*, de Johanness Strauss. Ese evento, realizado el 7 de noviembre de 1942, fue al mismo tiempo una presentación en sociedad de los refugiados del nazismo y un acto político en toda la regla. El Comité de los Austríacos Libres, a cuyo cargo estaba la velada, no solo consiguió el patrocinio de Lorencita Villegas, Beatriz Gutiérrez y Lola Londoño, esposas, respectivamente, del presidente de Colombia Eduardo Santos y del alcalde y ex alcalde de Bogotá, Carlos Sanz de Santamaría y Germán Zea Hernández, sino que involucró en pleno a la comunidad de exiliados y de colombianos antifascistas. Para sufragar los gastos del

montaje y de la impresión del abultado programa de mano, la compañía EMPO de Bernardo Mendel contribuyó con un aviso de página entera (lo mismo hicieron otras empresas del exitoso empresario, como Lux Films); Echavarría Cabo & Cía, la oficina donde Lilly Blair trabajaba como secretaria, también aportó un aviso; el Salón Alexandor, donde trabajaba Ungar, prestó las pieles que lucieron las cantantes Susana Rother y Vally Lindholm; Otto de Greiff, Walter E. Selca y Pedro E. Taussig escribieron gratuitamente las notas del programa, los hermanos Temel, dueños del restaurante del mismo nombre, prestaron la vajilla que se usó en escena²³, Paul Wolff participó con un pequeño aviso de la Librería Central, Heidi Friedemann tomó las fotos y Walter Engel, además de dinero, colaboró con su presencia como cantante en el coro.

Así solo sea como nota curiosa, vale la pena anotar que los patrocinadores estaban relacionados con refugiados del nazismo incluso en aquellos casos en los que no era posible advertirlo a primera vista. Es difícil saber, por ejemplo, por qué Chocolate Corona se vinculó comercialmente a la velada, si se ignora que la publicidad de la empresa antioqueña era manejada por Henry Rassmussen, un judío alemán que había huido de Berlín luego de los disturbios en la Noche de los Cristales (véase Zalamea 418-419).

Antes de levantarse el telón, el historiador Gerhard Masur, que por entonces escribía en Bogotá su biografía de Simón Bolívar, leyó unas palabras de Winston Churchill en las que el primer ministro inglés advertía que “el pueblo de Gran

21. En la biblioteca de Ungar están casi todos los libros de Stefan Zweig, incluida la primera edición de *El mundo de ayer*. En una charla informal, su sobrino Camilo Blair me contó que una vez le pidió consejo sobre qué leer y Ungar le contestó: “Stefan Zweig, Stefan Zweig y Stefan Zweig”.

22. Hans Ungar y Lilly Blair se casaron en Bogotá el 17 de julio de 1942.

23. El Temel fue el restaurante más famoso de Bogotá durante varias décadas. Fundado en 1937 por dos austríacos judíos, los hermanos Jacobo y Max Temel. En sus memorias, Luis Zalamea Borda anota que “el Temel fue el primer restaurante realmente cosmopolita de Bogotá, pionero en ofrecer pescados y mariscos frescos transportados diariamente por avión desde la costa, además de succulentas especialidades francesas, alemanas, suizas e italianas, y una bodega de vinos a la altura de la cocina.” (405).

Bretaña nunca cejaría en su empeño de liberar a los austríacos del yugo prusiano” y, acto seguido, un texto suyo llamado “Austria inmortal”, cuya brevedad no escondía el propósito de ser una cáustica clase de historia y un nítido recordatorio de que la Casa de los Habsburgo, estado supranacional dos veces milenario, jamás podría rebajarse a ser una más entre las provincias alemanas:

La segunda guerra mundial revela con claridad diáfana la misión que había cumplido Austria en la vida del continente europeo. Pues Austria no era solamente un imperio, Austria era una idea, una idea universal, sin la cual Europa no puede vivir. Situada en el sudeste de Europa, en las orillas del Danubio, del majestuoso río que une a Europa con el Oriente, Austria ha sido el baluarte de la civilización occidental desde los tiempos del Imperio Romano. (Comité de los Austríacos)

Enseguida, Masur hacía ver que, “según la expresión de un gran estadista, hay naciones masculinas y naciones femeninas” y que Austria, sin duda alguna, estaba “del lado de las naciones de carácter más bien femenino”. De allí que “su más grande gobernante” hubiera sido una mujer: “María Teresa, madre de trece hijos y adversaria cerrada de Federico de Prusia”.

Masur concluía su alegato diciendo que, si bien los austríacos y alemanes compartían el mismo idioma, la mentalidad de los dos países estaba dividida “por abismos insondables”²⁴.

Para Ungar, estas palabras no fueron únicamente la exaltada retórica de un tiempo turbulento: se grabaron con sangre y fuego en su memoria.

17

No ha quedado testimonio de cómo se conocieron Hans Ungar y Bernardo Mendel. Pudo haber sido en ese consulado informal que era la casa de los Brunner; pudo haber sido en la Central, adonde Mendel, excelso bibliófilo, iba a comprar rarezas en inglés; acaso fue en alguna reunión del Comité de los Austríacos Libres; quizá en una tertulia musical en la que ambos hubieran puesto de presente su gusto por las composiciones de Franz Schubert.

Como fuere, debían tener algún tipo de trato, pues Lilly Blair —la entonces novia de Ungar— trabajaba desde 1940 como secretaria de la Sociedad de los Amigos de la Música²⁵. Es dable suponer que Mendel los veía con frecuencia, que les tenía aprecio y que tal vez los ayudó con algunas gestiones ante el gobierno, igual que lo había hecho con Grete Neu, su asistente en la Sociedad²⁶. De otro modo no se explica cómo un joven recién llegado al país, sin familia, dinero o conexiones, que trabajaba en la peletería de un súbdito británico en la carrera séptima, que debía multiplicarse en oficios varios y que además era judío, pudo obtener una cita con el canciller colombiano Luis López de Mesa, reconocido, entre otras cosas, por su declarado antisemitismo²⁷.

Las versiones sobre ese encuentro que han quedado entre los Ungar difieren sobremanera; salvando las inevitables distancias, cabe decir que se trató de una reunión muy corta y que en ella la conversación fue más o menos como sigue:

—¿Usted es judío? —preguntó López de Mesa.

—Sí, pero no fui educado como judío. Mi familia no es practicante.

—Muy bien. Pero usted debe entender que este es un país católico²⁸.

Mis padres —le dijo Ungar mucho después a Silvia Galvis y Alberto Donadío— murieron en campos de concentración alemanes porque no pude conseguirles una

24. Los avisos de las compañías patrocinadoras, los textos de Otto de Greiff y Walter E. Secal, las palabras de Winston Churchill y el reparto artístico de la opereta, además de muchos otros documentos que subrayan el carácter político de la velada (poemas de Franz Grillparzer y Anton Wildgans, frases de Friedrich von Schiller y Hugo von Hoffmanstal), pueden leerse en el abultado programa de mano de *El murciélago* (véase en bibliografía Comité de los Austríacos).

25. “Yo terminaba de trabajar a las cinco donde los Echavarría y me iba corriendo hasta la oficina del señor Mendel. Ahí me quedaba contestando cartas hasta las ocho, más o menos” (De Ungar, Lilly). Las oficinas de Echeverría, Cabo & Cía Ltda. estaban en la carrera 12 n° 13-12; para llegar hasta la Sociedad de los Amigos de la Música, ubicada en la séptima con calle 12, Lilly de Ungar debía pasar al frente de la peletería donde trabajaba su novio y futuro marido, Hans Ungar.

26. El marido de Grete Neu era técnico en máquinas de escribir y ambos pudieron huir a Colombia gracias a un contrato con EMPO, la compañía importadora de Mendel (véase Bolbecher 96, nota 2).

27. Es posible sin embargo que la cita fuera concertada por el cónsul Karl Brunner o gracias a los contactos del Comité de los Austríacos Libres. Si aquí me inclino por considerar que Mendel la arregló es porque de ese modo se explican otros episodios en la vida de Ungar. Por ejemplo, ¿cómo pudo haber tenido a principios de 1940, y por unos cuantos meses, una pequeña empresa para proyectar películas en los municipios de la sabana si no contaba con el apoyo de un empresario importante en ese campo? Mendel, además de ser importador de cámaras y proyectores, también era propietario de Lux Films, una compañía dedicada a la presentación de “cine parlante en su casa”. Lux Films ofrecía “funciones con programas completos” y “cortos escogidos para fiestas infantiles”. Bajo esta luz, tiene mucho sentido que la breve aventura cinematográfica de Ungar hubiera contado con el respaldo de Mendel.

28. Para reconstruir el episodio, me he basado en mis entrevistas con Lilly Blair, su viuda; con Elisabeth, su hija, y en una charla informal con su nieta, la curadora Luisa Ungar.

visa colombiana. Me ofrecieron visas en venta, pero costaban el equivalente de medio millón de pesos de hoy y yo no pude conseguirlos. (329)²⁹

18

Si bien desconocemos hasta qué punto fueron amigos Ungar y Mendel, sí podemos decir con un razonable grado de certeza que Mendel fue el primer bibliófilo que Ungar trató en su vida. Siendo muy joven, Mendel había empezado a coleccionar partituras musicales, libros sobre literatura alemana e historia de Austria. Al establecerse en Colombia, añadió a lo anterior la pasión por todo lo relacionado con el Descubrimiento y la Conquista de América, iniciando de ese modo la conformación de una biblioteca que llegaría a contar con más de treinta mil volúmenes. Mauricio Pombo revisó en 2001 ese fondo (hoy parte de la Lilly Library de la Universidad de Indiana) y pudo constatar por sí mismo la riqueza de su contenido³⁰:

Basta echar una ojeada superficial por algunos de los ejemplares que tuvo (manuscritos e impresos), para darse cuenta de las dimensiones y la importancia universales de que gozó la biblioteca del señor Mendel. En ella se encontraban el *Theatrum Orbis Terrarum* (1648-58), uno de los atlas más importantes del siglo XVII, en edición de lujo para Bibliotecas Reales; primeras ediciones de las Cartas de Hernán Cortés; los Grandes viajes de Theodore de Bry en ocho volúmenes (edición original); la primera edición de “nuestras” *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589); una de las 17 cartas de Colón impresas antes de 1501: “De insulis nuper in mari Indico (...)” (Basilea, 1494) (...). En fin, una colección de libros imposible de reunir en nuestros días y asombrosa en los de Mendel. (Pombo 97)

29. Fritz, el hermano mayor de Hans Ungar, también murió en el campo de concentración de Dachau.

30. En 1964, la Universidad de Indiana publicó un catálogo en el que presenta una parte del Fondo Mendel (véase en bibliografía, Indiana).

31. Excepción hecha de algunos títulos conservados en bóvedas bancarias, el grueso de la biblioteca de Mendel estaba en su casa de la calle 76 n° 9-66. Cuando le pregunté a Lilly de Ungar que si ellos habían estado allí, me dijo que no lo recordaba con precisión, pero que seguramente sí.

32. No debe confundirse esta exposición con la de Daniel Samper Ortega de 1938. Curada por Enrique Uribe White, en ella se exhibieron cerca de 500 libros, de los cuales 96 pertenecían a Mendel (véase *Catálogo*).

33. A causa de una nota añadida al mapa n° 41, donde se ponía en duda el misterio de la Santísima Trinidad, Miguel Serveto, editor de la *Geografía*, fue condenado a la hoguera por el teólogo protestante Juan Calvino. De la quema conjunta del libro y su editor, solo se salvaron los pocos ejemplares que han convertido a la *Geografía* en un hito de la bibliofilia.

En la bibliofilia, como en otras actividades humanas, la emulación cumple un papel protagónico. Es por haber visto un valor de excelencia que aspiramos no solo a imitar, sino, de ser posible, rivalizar, competir y hasta superar ese valor. No ha quedado constancia de que Ungar fuera alguna vez a la casa de Bernardo Mendel³¹; en cambio, sí es posible suponer con bastante fundamento que estuvo en la Exposición del Libro organizada por la Biblioteca Nacional en 1942 y que allí pudo haber sentido la fuerza mimética, el deseo arrollador que lo llevaría años más tarde a formar su propia colección de libros³².

Para ese evento, Mendel y otros destacados bibliófilos como Enrique Uribe White, Eduardo Santos, Luis Augusto Cuervo, Sofy Pizano de Ortiz, Juan B. Bueno Medina y Camilo Mutis Daza prestaron algunos de sus ejemplares más valiosos. Cuando uno revisa el catálogo, se deslumbra: Mendel le dio la oportunidad a los bogotanos de ver obras legendarias en el ámbito de los descubrimientos geográficos y los grandes viajes del siglo XV en adelante (por ejemplo, una primera edición del *Quattuor navigationes*, de Américo Vesputio, de 1507, o uno de los poquísimos ejemplares que existen en el mundo de la *Geographicae Enarrationis Libri Octo* de Claudio Ptolomeo³³); quiso que un público de todas las clases conociera las obras de quienes pasaron a la historia como artífices de la primera globalización (verbigracia, *La Florida del Ynca*, de Garcilaso de la Vega, en su primera edición de 1604), facilitó que tuviéramos contacto con las ediciones príncipes de títulos fundacionales de la filosofía (la *Kritik der Reinen Vernunft*, de Immanuel Kant, en su edición de 1781), de la literatura (los *Vermischte Schriften*, de Georg Christoph Lichtenberg) y de la poesía (el *Der West-östlicher Divan*, de Goethe). También tuvo cuidado de que los visitantes pudieran deleitarse con cuidadas ediciones de libretos musicales (por ejemplo, el *Tristan und Isolde*, de Richard Wagner, acompañado de las ilustraciones de Alois Kolb) o con facsímiles de algunas series de grabados que

seguramente pocos habían visto en Colombia (*Los desastres de la guerra*, de Francisco de Goya).

¿Es solo una coincidencia que años después Ungar se dedicara a comprar libros de Vespucio y Claudio Ptolomeo? ¿Es solo un azar que haya atesorado una importante colección de libros de viaje y que los mapas raros de América se hayan convertido en una de sus obsesiones? ¿Que haya conseguido no *La crítica de la razón pura*, pero sí *Dos consideraciones sobre cuestiones políticas y morales*?

19

Cuando llegó a Colombia en 1938, Ungar apenas cargaba en su maleta dos libros: uno de Arthur Schnitzler y otro de Thomas Mann. En esos primeros tiempos de estrecheces económicas, fueron prácticamente sus únicas lecturas, aparte de publicaciones que de vez en cuando le prestaban los amigos. Sin embargo, a partir de 1946, esa falta de material de lectura dejó de ser un problema. En ese año murió Paul Wolff, el propietario de la Librería Central, dejando a su viuda al frente de un negocio que, al parecer, a ella no le interesaba demasiado.

¿Por qué no se hace cargo? —le preguntó Helena de Wolff a Ungar—. Usted fue amigo de mi marido y, además, le encantan los libros³⁴.

Ante la negativa (“yo no tengo un centavo”), la señora Wolff le propuso un segundo arreglo: ¿qué tal si se convertía en el administrador de la librería e iba pagándosela con parte de su salario? Ungar aceptó, logrando saldar la deuda en un tiempo récord de dos años.

En ese entonces, fiel a sus orígenes, la Central solo ofrecía un surtido básico de libros en inglés, además de algunas revistas extranjeras como *Time*, *The New Yorker*, *The New Statement*, *The Economist* y *Business Week*. Sus clientes eran periodistas, políticos, gente de negocios y burócratas oficiales. El pequeño local se expandió en noviembre de 1951 con la apertura de la galería de arte El Callejón en un vetusto palacete a la vuelta de la esquina (propiedad del expresidente Eduardo Santos) y en el que empezaron a ofrecerse libros de arte y arquitectura.

Hacia 1957 o 58, los Ungar mudaron tanto la librería como la galería a una casa republicana de dos plantas en el vecino Parque Santander, donde permanecerían hasta 1964. El nuevo local tenía un patio central enorme, típico de las mansiones del siglo XIX, que Ungar cubrió con una marquesina, de tal de manera que la planta baja pudiera, además de estar completamente cubierta de estanterías, albergar una pequeña sala de conferencias.

Esas instalaciones más espaciales permitieron enriquecer la oferta. A los libros en inglés y en español, se agregó un stock básico en alemán y francés, libros infantiles y una sala de lectura y actividades para niños que puede considerarse la primera de su tipo en Colombia. La librería también empezó a vender discos de música clásica —en asocio con Discos Daro, la compañía fundada por el inmigrante ruso Simón Daro— y a ofrecer, como un apéndice de la Galería El Callejón, servicios de restauración y marquetería.

20

Al menos en la primera etapa, Ungar utilizó con voracidad la librería para surtir su biblioteca. Dado que las compras a los editores extranjeros eran necesariamente en

34. Reconstruí estas palabras y lo que sigue con información de la espléndida tesis de Katherine Ríos (véase bibliografía).

35. Su esposa Lilly y su hija Elisabeth me confirmaron que sentía aversión física por marcar los libros. De allí que rara vez les pusiera firma y que nunca los subrayara. Parece que en algún momento pensó, como tantos bibliófilos, en tener un exlibris, pero desechó la idea con la misma rapidez con la que la había concebido. Lo que sí puede hallarse en la biblioteca de Ungar son firmas, señales y cédulas de sus antiguos propietarios. A guisa de ejemplos, cabe citar el sello en tinta azul que tiene el tomo II de las *Oeuvres Complètes* de Jean-Jacques Rousseau, que nos revela, a pesar del desleimiento de la tinta producto de los años, que ese tomo perteneció a la biblioteca del empresario barranquillero, cultivador de cacao y mecenas del béisbol Ramón Urueta Méndez; o el exlibris marino, con cuatro carabelas en banda, de un tal Mr. John Jameson, que aparece discretamente pegado en la página final del *Supplément au Journal Historique du Voyage à L'Équateur*, de Charles Marie de la Condamine. Dicho sea de paso: ¿tenía este señor Jameson alguna relación con la destiladora irlandesa del mismo nombre? Lo pregunto porque la expresión latina *sine metu*, que aparece en la orla de su exlibris y que significa “sin temor”, no solo se usaba, y se sigue usando, en el antiguo idioma gaélico, sino que está impresa en cada botella del whisky Jameson. Refuerza todavía más la conjetura de que el exlibris y el logo de la compañía sean notablemente parecidos.

36. Lo que sí podemos saber con certeza, porque él mismo lo contó en una conferencia, es que nunca adquirió bibliotecas completas; su colección fue creciendo libro por libro, del mismo modo que una casa se va armando ladrillo tras ladrillo (véase Ungar, *La pasión*).

37. En otra conferencia, Ungar mencionó que “cuando se adquieren libros raros uno no siempre está al corriente de todos los detalles”. Y añadió: “Yo tengo una edición de una historia de viajes en ocho tomos y un día, al hojear esta edición, encontré que tenía un exlibris de Robert Rotschild, que fue uno de los conquistadores de la India a favor de la Corona Británica. De tal manera que haber tenido en mis manos un libro que pertenecía a un personaje histórico de tanta importancia es un gran placer” (véase Ungar, *Bibliófilos*).

firmes, solía ser cauto y apenas importaba dos o tres copias por título y de ellas se reservaba una cuando pensaba que el libro era culturalmente significativo. Como no existen archivos de la librería —según uno de sus empleados, los destruyeron al mudarse de la espaciosa sede del centro a un local mucho más pequeño al norte de la ciudad (Ríos, *Book Selling* 6, nota 4)— y solo en ciertos casos los ejemplares de su biblioteca tienen fechas, firmas³⁵ o sellos de procedencia o propiedad, únicamente es posible reconstruir por inferencia el dato de cuáles pudieron ser los primeros libros que empezaron a hacerle compañía al Thomas Mann y al Schnitzler traídos desde Austria³⁶. En su ya citada memoria, Thomas Chaimowicz recuerda que a mediados de los años cuarenta en Bogotá se veían los escritos de Scheler, Max Weber, Dilthey, Cassirer. Era fácil conseguir las obras de la literatura inglesa, igualmente las francesas. ¡Era inconcebible que una librería grande no ofreciera por lo menos una traducción de Racine! Lo que para nosotros sería tan importante más tarde, a partir de 1944, desde la liberación de París, es que volvieron a llegar a las ediciones bilingües de la colección *Les Belles Lettres*; se podía conseguir casi cualquier edición de los clásicos griegos y romanos. Igualmente se encontraba la Oxford Classical Library, en una que otra librería, y nadie se sorprendía si uno preguntaba por una edición especial de Virgilio o de Lucrecio. (Chaimowicz 29)

¿Eran libros como estos los que Ungar empezó a coleccionar? Puede que sí: en su biblioteca hay varios títulos de los mencionados por Chaimowicz, aunque sea difícil datar su adquisición. Lo que sí puede afirmarse es que el ejemplo de Bernardo Mendel dejó una huella profunda en sus gustos. En la biblioteca de Ungar abundan los libros raros y curiosos, las primeras ediciones, los facsímiles, los mapas antiguos, las ediciones con grabados, los autógrafos de diversos personajes históricos, los libros con tapas en seda o en cuero, los volúmenes con procedencias ilustres³⁷ y, en general, todas las obras que constituyen la debilidad de quienes padecen el demonio del coleccionismo. Dicho sin ninguna salvedad, la de Ungar es, como la de Bernardo Mendel, una biblioteca de bibliófilo. Uno puede imaginar, por ejemplo, que compró *El príncipe* de Maquiavelo en una edición francesa de 1929 por la excelencia de su papel verjurado y por las virtudes tipográficas de su diseño —¿qué más cabría esperar de una edición numerada de los refinadísimos Helleut y Sergente?—, pero también porque trae un prólogo absolutamente desconocido del dictador italiano Benito Mussolini.

Algo parecido puede decirse de lo que, con alguna reticencia, me atrevería a llamar “clásicos”. En un acervo que supera los veinte mil títulos, es inevitable que haya material sumamente heterogéneo: desde una modesta edición de *La masacre de las bananeras* (1928), de Jorge Eliécer Gaitán, hasta los tres apetecidos tomos de las chismosísimas *The Greville Memoirs* (1887) de Charles Cavendish Fulke Greville sobre la reina Victoria; desde una nutrida colección de *Mapas españoles de América*, hasta la primera edición de los *Pensées sur la religion*, de Blaise Pascal, impresa en París en 1670.

Pero, a despecho de lo babélico del conjunto, es indudable que a Ungar le importaba el canon a la hora de ir conformando sus propias listas. La prueba no es tanto que en cada balda de su biblioteca podamos encontrar nombres prestigiosos de la literatura como Marcel Proust, William Shakespeare, Goethe o Molière, sino que haya colecciones casi completas de la Everyman's Library³⁸ o de la Biblioteca de la Pléiade³⁹, conjuntos librescos en los que el valor de lo canónico, de la norma, es definitivo.

Conviene hacer hincapié en ese último aspecto, el de las colecciones de libros, porque las series completas son una indudable viga de armada en la biblioteca de Ungar: no solo de autores, no solo de temas, no solo de épocas, sino también de casas editoriales. Si a Ungar le interesaba un autor, no se conformaba con tener unos pocos libros: quería adquirir la totalidad —o al menos lo más representativo— de lo que hubiera producido a lo largo de su vida. Ese mismo principio lo aplicaba a los editores de su preferencia, ya fuese el holandés Luis Elzevir⁴⁰ o el berlinés Bruno Cassirer⁴¹. (Si uno quisiera, podría hacer una historia de la edición con los libros que Ungar fue coleccionando a través de los años.) Su nieta Luisa me contó que en una visita de Hans Magnus Enzensberger a Bogotá, el gran poeta alemán se asombró de que su abuelo tuviera, sin ningún faltante, todos los títulos que él había publicado como editor en Die Andere Bibliothek⁴².

A todo lo anterior, cabe sumar un número inmenso de *sammelwerke*, esto es, compilaciones o libros de referencia sobre un abanico majestuoso de asuntos: ora *The Cambridge Medieval History* (1924), ora el *Decalogus Septimania Symbolum Apostolicum* (1907); ya sean las *Florentinische Zierstucke im Kupferstich 15 Jahrhundert* [Piezas decorativas florentinas en grabados en cobre del siglo XV] (1909), ya las *Recherches sur les Costumes et sur les Théâtres des toutes les Nations tant Ancienes que Modernes* (1790)⁴³.

Por sí solo, este tipo de libros delata que Ungar creía en la erudición. No llegaré al extremo de sugerir que tuviera conocimientos en cualquier campo y libros sobre cualquier materia. Como toda colección, la suya también tenía límites: podemos encontrar en ella la *History of Science*, de George Sarton, el químico belga a quien tradicionalmente se concede el papel de pionero en ese campo de estudios; sin embargo, está claro que las ciencias duras, la técnica, la geometría, el derecho o las matemáticas le interesaban únicamente si podía conseguir libros que estuvieran bellamente editados (el de Sarton es uno de ellos). En otros campos, en cambio, sí puede decirse que no solo era un aficionado entusiasta sino un verdadero experto. El grabado en madera, por ejemplo, fue un asunto al que dedicó una constante atención a lo largo de los años, cosa que también hizo con los libros de viajeros y de naturalistas. No era extraño que, cuando alguien lo visitaba, Ungar le mostrara con orgullo los 57 tomos de la revista *Le Tour du Monde* (1860-1914), o que llamara la atención sobre los delicados dibujos que adornan las páginas capitulares del *Journal of a Residence and Travels in Colombia, during the Years of 1823 and 1824*, de Charles Stuart Cochrane.

Es inevitable que una biblioteca de estas características sea multilingüe. Ungar compraba sobre todo libros en alemán; al fin y al cabo, esa era su lengua materna. Pero también leía con soltura en inglés, francés y español, de modo que acabó reuniendo también un número inmenso de libros en esos tres idiomas. A ellos debemos sumar ediciones en italiano y portugués, así como algunas en griego y latín. Eso explica que la suya sea una monumental biblioteca de cultura alemana, de temas y autores alemanes, pero en la que no falta la presencia de otras lenguas canónicas. Nada extraño: un vienés de su época, un centroeuropeo de los años veinte, un súbdito del antiguo imperio austro-húngaro tenía *por fuerza* que hablar y leer en al menos dos idiomas; de otro modo, le hubiera resultado difícil desenvolverse en la vida cotidiana.

21

Si al principio la librería y la biblioteca privada de Ungar eran bastante similares, muy pronto empezaron a cobrar dinámicas distintas. En lugar de considerar

38. El editor inglés Joseph Malaby Dent (1849-1926) concibió en 1905 la Everyman's Library ("La biblioteca de todos los hombres"). Su objetivo era crear una colección de mil títulos de literatura de todos los tiempos que fuera asequible y atrajera a un público de todas las clases. Eran, para decirlo con un oxímoron, ediciones de bolsillo empastadas en tapa dura.

39. La Bibliothèque de la Pléiade es una colección francesa de libros creada en 1923 por Jacques Schiffrin (1892-1950), joven editor independiente nacido en Rusia. Schiffrin quería proporcionar al público ediciones bien cuidadas de los autores clásicos y que fueran asequibles para todo el mundo. André Gide se interesó en el proyecto de Schiffrin y lo presentó a Gallimard, sello que desde 1933 ha venido encargándose de la colección. La Pléiade publica sobre todo obras escritas originalmente en francés, aunque también incluye clásicos de la literatura mundial.

40. Los Elzevir fueron una familia holandesa de editores que existió por 132 años. Sus ediciones gozan de enorme prestigio entre los bibliófilos. En su biblioteca, Ungar tiene varios libros elzevirianos, entre los que se destaca *De Dignitate et Augmentis Scientiarum*, de Francis Bacon. Valga anotar que el holandés no es el único editor antiguo que admiraba. Ungar también se hizo a originales o facsímiles del alemán Anton Koberger (1440-1513), el flamenco Cristóbal Plantino (1520-1589), el holandés Theodorus Janssonius (1657-1712) y los franceses Fermin Didot (1764-1836) y Jacques Charles Brunet (1780-1867).

41. Bruno Cassirer (1872-1941) tuvo una destacada participación en el mundo editorial germano de principios del siglo XX. En 1902, fundó la revista mensual *Kunst und Künstler*, un dinámico centro de agitación artística que se mantuvo hasta que los nazis la cerraron en 1933. En su colección, Ungar tiene números atrasados de esa publicación y muchos de los facsímiles que Cassirer hizo de, por ejemplo, *biblias pauperum* (biblias de los pobres). Como en el caso anterior, también aquí le interesó coleccionar libros de otras editoriales como Bremer Presse, S. Fischer, Insel y Kelmscott Press.

42. Die Andere Bibliothek (La Otra Biblioteca) es una colección de libros de bibliófilo que empezó a salir en 1985 y finalizó en 2004. Su curador, Hans Magnus

Continúa

la segunda un subproducto de su trabajo como librero, Ungar comenzó a entenderla como un apéndice a sus deseos de coleccionista y lector, una oportunidad para conocer gente con gustos similares y una coartada perfecta para inventar viajes y conseguir nuevos libros. En los años de la posguerra, él y su esposa empezaron a ir una vez por año a Europa —a Viena, en algunos casos; a las demás capitales europeas, en los otros—, con el fin de visitar casas de subastas como la del Hôtel Drouot en París⁴⁴ y verse completas las temporadas de ópera y teatro en Viena y Salzburgo.

No sorprende en lo absoluto encontrar, en cualquier inspección espontánea de su biblioteca, una buena cantidad de obras especializadas en bibliofilia, como el *ABC for Collectors* (1952) de John Carter; la *Bibliographia Brasiliana* (1958) de Rubens Borba de Moraes o *Le Tresor du Bibliophile: Livres Illustres Modernes 1875-1945* (1946) de L. Carteret. Ungar fue un bibliófilo tardío, toda vez que pudo convertirse en un coleccionista serio después de los treinta y cinco años. Así, libros como los de Carter, Borba o Carteret debían ser guías imprescindibles para alguien consciente de que, a causa del nazismo, había perdido años valiosos en su vida y de que entraba a la espesura libresca cuando otros ya tenían un trecho del camino andado.

Eso último es probablemente la razón por la que acumuló muy pronto y a una velocidad de vértigo una colección de libros enorme y se convirtió en un experto a la hora de distinguir los verdaderamente valiosos. En una fecha tan temprana como 1955, ya estaba sosteniendo correspondencia con la centenaria casa de antigüedades A. Rosenthal Ltd. de Londres y comprándole a Franz Deuticke, el nieto del editor del mismo nombre que publicó casi toda la obra de Sigmund Freud, una carta de Friedrich Gentz al canciller del imperio austro-húngaro Klemens von Metternich⁴⁵.

Con la misma celeridad, se fue labrando una reputación entre los coleccionistas locales de libros. En una carta del 4 de mayo de 1959, Teresa Cuervo de Borda, entonces directora del Museo Nacional, le da “las más expresivas gracias por la valiosa colaboración prestada al facilitar los elementos de su propiedad para realizar la exposición en homenaje al barón de Humboldt”. (En 1959, se estaba cumpliendo el centenario de la muerte del célebre naturalista alemán.)

Así, de los primeros y escasos libros, Ungar pasó a tener una biblioteca que crecía al ritmo de una floresta amazónica. Su hija Elisabeth recuerda que en 1960 fue necesario habilitar dos baños y el garaje de la casa donde vivían para albergar las cajas y cajas de libros que su padre, en cantidades cada vez más alarmantes, no cesaba de llevar.

22

A mediados de 1999, el editor bogotano Benjamín Villegas le propuso a Hans Ungar que escribiera su autobiografía: una vida apasionante como la suya, dicen que le dijo, merecería estar en un libro tan delicadamente hecho como los que usted tiene en su biblioteca. Ungar no declinó la oferta, pero sí le hizo un cambio notable: en vez de redactar la historia de mi vida, dicen que le contestó, preferiría contar la historia de mis libros: por qué, cuándo y dónde los compré; hacer unas digamos “memorias de una biblioteca” que, en mi opinión, serían mucho reveladoras sobre mí mismo que una biografía al uso.

En parte por motivos de salud, en parte por dudas muy típicas de Ungar, el proyecto no avanzó como se hubiera querido. Juan David Giraldo, el editor de

Enzensberger, y su diseñador, Franz Greno, respondían a la premisa de que “el lujo no es un crimen”. Por consiguiente, cada mes lanzaban al mercado un título impreso en tipografía móvil de plomo, en papel exento de acidez, encuadernado en cuero y numerado individualmente. En la actualidad, La Otra Biblioteca sigue apareciendo, pero ya sin la participación de Enzensberger y Greno.

43. No es ninguna casualidad que otro de los editores favoritos de Ungar fuera el estadounidense Walter M. Jackson (1863–1923), célebre por haber dirigido la décima y undécima edición de la Enciclopedia Británica, así como por haber creado la Grolier Society, una casa editorial dedicada a publicar, por un lado, la enciclopedia que lleva el mismo nombre y, por el otro, lujosas ediciones de obras clásicas de la literatura.

44. El Hôtel Drouot es una gran casa de subastas, dedicada, entre otras cosas, al comercio de libros antiguos. En tiempos de Ungar, el grupo encargado del Hôtel publicaba semanalmente una *Gazette de l'Hôtel Drouot*, con información relativa a su vasto campo de actividades. Hoy en día, la Gazette se publica de manera digital, en una doble versión francesa e inglesa. Es posible que Ungar estuviera suscrito, pues hay ejemplares sueltos en su biblioteca.

45. De los papeles privados de Ungar, únicamente sobrevivieron unas pocas cartas, pero es posible que existan más escondidas entre las páginas de sus libros (se han encontrado varias de ese modo). Por el momento, la información disponible es que entre noviembre de 1955 y septiembre de 1963 compró una cantidad al parecer importante de libros y autógrafos.



Ejemplares de Die Andere Bibliothek (La Otra Biblioteca), colección dirigida por Hans Magnus Enzensberger. Casa Ungar.

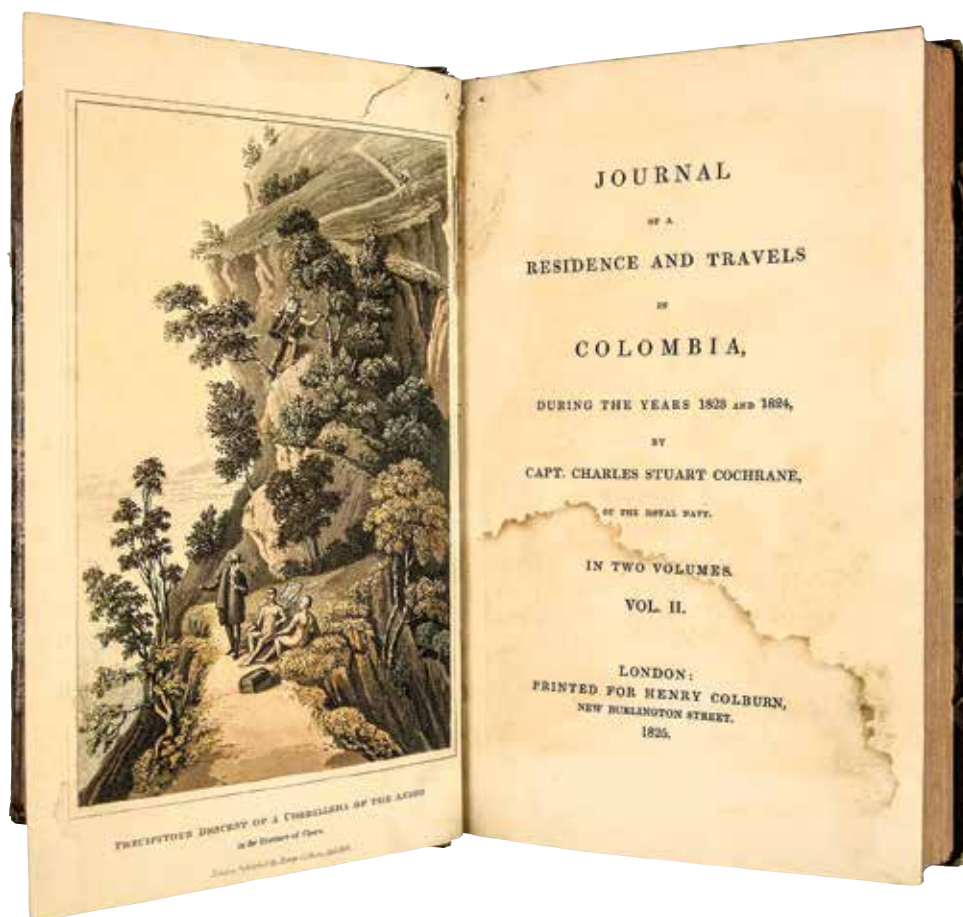


Villegas, estuvo yendo durante varios meses a fotografiar los libros que Ungar, al parecer aleatoriamente, le iba indicando en cada una de las sesiones. Luego, Ungar se enfermó de gravedad, el proyecto se interrumpió y finalmente se abandonó del todo cuando murió el 30 de mayo de 2004 en Bogotá (Giraldo).

Después de su muerte, se descubrió que las indicaciones no eran fruto del capricho o del azar del momento. Ungar había hecho una lista, que se encontró en los papeles de su archivo, con 1.017 de sus libros, que empezó a agrupar en 19 categorías:

Salón austriaco. En la parte superior izquierda, empastada en tomos de color café, puede verse la colección completa de la revista *Die Fackel* (*La Antorcha*), de Karl Kraus. Casa Ungar.

Grabado y páginas capitulares del libro *Journal of a Residence and Travels in Colombia, during the years 1823 and 1824*, de Charles Stuart Cochrane. Londres: Henry Colburn, 1825.



Grabado en madera y dibujo de Carlègle incluidos en *Les artistes du livre* (colección de 24 tomos). Carlègle (París: Henry Babou, 1928).





Hans Ungar fue un ávido coleccionista de xilografías japonesas.

1. Libros sobre libros y bibliotecas
2. Grabados en madera
3. El grabado en Francia
4. Mapas y atlas antiguos
5. Unesco
6. Verve
7. La Albertina de Viena
8. Viajeros y viajes
9. Eros y sexo
10. Austria y Viena
11. Literatura
12. Ciencias, botánica y zoología
13. Gente y paisajes
14. Teatro y festivales
15. Libros antiguos, bellos y raros
16. Manuscritos y libros antes de Gutenberg
17. El lejano Oriente: China y Japón
18. Arte
19. Historia, memorias y biografías

Esta selección no puede considerarse de ninguna manera como un precipitado químico, una quintaesencia o una exigente antología de los gustos de Ungar. Por un lado, es evidente que se trata de un documento provisional, en el que iba anotando lo que se le ocurría y en el que sus preferencias solo están parcialmente representadas. Rainer María Rilke, su poeta favorito, no aparece en ninguna entrada; de Humboldt, otro de sus dioses tutelares, hay en cambio ocho registros; para “Unesco” no seleccionó ningún libro. Y lo mismo puede decirse de Colombia: sobre la marcha, Ungar debió advertir que si bien había escogido una gran cantidad de libros relativos a su país de adopción, en el listado no había incluido la categoría, de modo que acabó señalándola a mano con el número 20.

Debe tenerse en cuenta, por lo demás, que la biblioteca de Ungar supera los 20 mil ejemplares y que solo está sistematizada en unas tres cuartas partes. La imposibilidad de hacer por el momento una tabulación sistemática, que permita

Con estos antecedentes, a nadie sorprenderá saber que en la lista los apartados 7 y 10, consagrados a La Albertina de Viena⁴⁶, por una parte, y a Austria y Viena, por la otra, son los que tienen un mayor número de registros. Aquí es cuando resulta forzoso volver atrás en el tiempo: es notorio que las palabras dichas por Gerhard Masur en 1942, antes de que se presentara *El murciélago* de Strauss (esas en que recordaba el papel decisivo de Austria en el mantenimiento de la civilización europea), se convirtieron en una especie de programa bibliográfico para el entonces futuro librero. Con eso quiero decir que los libros austríacos que le interesaban a Ungar eran los que se habían escrito en el lapso que Masur convertía en paradigma histórico: el llamado “doble siglo habsbúrgico”, período que se inicia en 1740, con la coronación de la reina María Teresa I, y concluye en 1919, luego de la disolución del imperio austro-húngaro.

Sobre esto es imposible exagerar: incluso sin tener un registro completo de la biblioteca, salta a la vista que la mayor parte de lo atesorado por Ungar se sitúa entre esas dos fechas miliares. Nada más para dar unos ejemplos mínimos, ahí están el anónimo *Erbhuldigung Maria Theresias* (*Homenaje a María Teresa, la heredera*), de 1740, y *Mein Lebensabend* (*Mi retiro*), de Peter Altenberg⁴⁷, de 1919. En medio, todo lo que un entusiasta de la cultura centroeuropea pudiera desear: desde las obras completas de Hugo von Hoffmanstal, hasta las piezas teatrales de Ferdinand Raimund; desde el libreto de *La flauta mágica*, de Emanuel Schikaneder, hasta los poemas de Franz Grillparzer; desde los conocidos cuadros simbolistas de Gustav Klimt, hasta uno de los orgullos bibliográficos de Ungar, la colección completa —922 números— de la revista *Die Fackel* (*La Antorcha*), de su admiradísimo Karl Kraus, el mismo que alguna vez dijo: “Viena es la estación meteorológica del fin del mundo”⁴⁸.

Esta delimitación no debería verse como un simple asunto práctico, sino como una declaración política, con todo lo que ella trae consigo. Al enmarcar su biblioteca entre dos fechas tan significativas, Ungar manifestaba su fidelidad a la cultura alemana, pero a la cultura alemana tal como la entendían los Habsburgo: como el producto, sabiamente destilado, de una convivencia fructífera entre pueblos de diferente religión, diferente lengua y diferente nacionalidad. Así, si el nazismo preconizaba la pureza del hombre ario, la Casa de los Habsburgo se ufanaba de ser una “nación supranacional”; si el nazismo enaltece los valores guerreros, la Casa de los Habsburgo exaltaba su tranquila burocracia; si el nazismo condenaba el arte degenerado, la Casa de los Habsburgo se inclinaba por un sensual y placentero hedonismo. Para efectos prácticos, no importa mucho saber si la realidad histórica del imperio austro-húngaro coincidía con lo que Ungar pensaba (o idealizaba) al respecto; lo interesante es que, considerada en ese plano simbólico, Austria era la antítesis del Tercer Reich.

Una biblioteca no siempre es un reflejo de la personalidad de su dueño; sin embargo, en el caso de los bibliófilos, uno puede sospechar que cada libro que tienen responde a sus gustos o a ciertas circunstancias particulares de sus vidas. De allí que no sea ilícito, ni fantasioso, ni improcedente suponer que Ungar armó una espléndida biblioteca habsbúrgica como alegato en contra de su expulsión de Austria. La biblioteca fue su manera no solo de recuperar sus señas de identidad y adscribirse a una tradición en la que los judíos estaban plenamente aceptados, sino de proclamar —de ahí su resonante contenido político— que Hitler y el nazismo no eran más que una grotesca mutilación de la cultura alemana. Porque una cultura alemana que no tuviera en cuenta el legado habsbúrgico, era, forzosamente, una cultura cercenada.

46. La Albertina es quizá el museo de arte gráfico más importante del mundo. Está ubicado en el centro de Viena, en lo que antiguamente fuera un remate de las murallas de la ciudad. El grueso de su colección lo conforman obras sobre papel: unos 65 mil dibujos (incluidas también acuarelas) y cerca de un millón de grabados. También se custodian fotografías y planos de arquitectura. Más que catálogos a la usanza moderna, Ungar tiene los diversos fascículos que la Albertina publicó en los años veinte del siglo pasado, como por ejemplo, los 18 números dedicados a los *Handzeichnungen Deutschen Meister* [Maestros del dibujo alemán] en 1923.

47. De Altenberg —recordará el memorioso— es el epígrafe que encabeza el poema “Los camellos”, de Guillermo Valencia.

48. Aquí sería imposible explorar el fervor de Ungar por la obra del más atormentado de los amantes de Viena. Baste decir que en su biblioteca está no solo la totalidad de sus libros en edición príncipe, sino material suplementario como biografías y estudios de su época escolar.



Salón principal.
Casa Ungar.



49. En la Edad Media se denominaban *biblias pictas* (esto es, en latín, “biblias dibujadas”) las que tenían xilografías.

50. La cantidad de revistas que Ungar atesoraba en su biblioteca puede ser marcadora: *L'Oeil*, *Horizon*, *Kritik*, *Eco*, *Revista de las Indias*, *Die Fackel*, *Revista de Literatura Rusa*, *Kunst und Künstler* y un larguísimo etcétera. *Verve*, sin embargo, era tan especial que decidió concederle un apartado entero en su registro, el número 6. No sorprende: fundada en 1937 por Efstratios Elefteriades —un reputadísimo editor griego de libros de arte, que antes había trabajado con Albert Skira y ejercido como director artístico de *Minotaure*—, *Verve* constituyó un antes y un después en el mundo de las publicaciones seriadas: no solo refinó el modelo de la revista-libro heredado del siglo XIX, sino que llevó a un punto de excelencia el arte de la impresión (sus reproducciones de, por ejemplo, algunas páginas del *Libro de Horas*, del Duque de Berry, siguen siendo un paradigma en cuanto al uso de tonos plateados y dorados). En el mundo de los coleccionistas, *Verve* es una revista de culto porque artistas como Pablo Picasso, Henri Matisse o Marc Chagall diseñaron las cubiertas, el cabezote y buena parte del material interior.

51. Carlègle es el pseudónimo adoptado por el ilustrador suizo, posteriormente naturalizado francés, Charles Émile Egli (1877-1937).

52. La exposición estuvo colgada entre octubre y noviembre de 1941. En el N° 34 de la *Revista de las Indias*, Engel publicó un ensayo titulado “El público, contrario al arte moderno”, en el que sostenía que “los artistas, especialmente pintores, desconocen con frecuencia los méritos de sus colegas contemporáneos (...). En cambio, los poetas son a menudo los primeros en reconocer —con su aguda intuición e inteligencia— lo que en las artes plásticas es de mérito e importancia (...). Que lo antedicho no sea un asunto específicamente francés o europeo, lo observé con ocasión de la exposición de Frans Masereel en Bogotá. Eduardo Carranza, poeta de los más finos, apreció con profunda comprensión el arte de Masereel y le dedicó notas admirables. Un joven pintor colombiano, en cambio, a quien no vacilo en calificar como una de las grandes esperanzas del arte no solo colombiano sino americano, este

Continúa

24

Ninguna abreviatura se repite tanto en la lista de Ungar como la de “Ilustr.”. Tratándose de un bibliófilo, era inevitable que lo apasionaran las ediciones con material gráfico muy diverso, que podía ir desde un simple retrato del autor en las páginas iniciales, hasta una soberbia colección de mapas celestes. Mirando al azar, uno se encuentra con biblias pictas⁴⁹, con láminas a color de plantas y animales, con manuscritos iluminados, con caligrafía china o japonesa, con autógrafos de escritores —hay un tomo dedicado a los de Charles Baudelaire—, con revistas mitológicas como *Verve*⁵⁰, con mapas y planisferios, con representaciones del vestuario, con planchas anatómicas, con calendarios solares y lunares o con ilustraciones de maquinaria o de artefactos como los que aparecen en la *Enciclopedia* de Diderot o en *L'Art de Conduire y de Régler les Pendules et les Montres* (1759) de Ferdinand Berthoud.

Un catálogo como el anterior insinúa que si bien a Ungar le gustaban la pintura y la fotografía, está claro que lo atraía muchísimo más el dibujo y, sobre todo, el dibujo en una relación simbiótica, de contraste o de armonía, con el texto escrito. Que en su lista haya incluido el *Daumier* de Maurice Raynal es una buena prueba de ello. (Al fin y al cabo, Daumier es un maestro de la caricatura en los periódicos.) Pero el catálogo también sugiere algo menos obvio: da la impresión de que a Ungar le interesaban los llamados formatos menores porque mediante ellos se puede establecer una red de relaciones y alcanzar un tipo de conocimiento para los que la historia de la pintura se revela no tan categórica. Los ejemplos que pudieran aducirse en apoyo de esta tesis no son pocos; mencionemos, por su relación con Colombia y por su relativa extrañeza, los casos del ilustrador flamenco Frans Masereel (1889-1972) y el de los coleccionistas John-Grand Carteret (1850-1927) y Eduard Fuchs (1870-1940).

25

Como Daumier en el siglo XIX o Carlègle⁵¹ a principios del XX, Masserel había empezado publicando estampas y caricaturas en periódicos de amplia circulación. Pronto, autores tan distintos entre sí como Thomas Mann o Stephen Zweig empezaron a fijarse en su trabajo y a cubrirlo de elogios.

Walter Engel, entonces un joven crítico de arte que combinaba los negocios familiares con la reseña de exposiciones en París, fue uno de los que más atención prestó a lo que hacía Masereel. Cuando llegó el *Anschluss* y debió huir con su familia a Colombia, parte de lo que trajo fue una serie de xilografías que le permitieron, ya en 1941, montar una exposición en la Biblioteca Nacional en la que participaban el ilustrador belga y Loly de Rutté de Bachman⁵².

Engel también intentó, mediante contactos con Germán Arciniegas, conseguir una visa para Masserel, cuya situación en Francia era desesperada en razón a su doble condición de hombre de izquierda y esposo de judía. En los archivos de la Biblioteca Nacional existe una carta de Stefan Zweig, fechada en Ossining, Nueva York, el 3 de julio de 1941, en la que le insiste al entonces ministro de Educación sobre el tema (y de paso, trata de engañarlo con una piadosa mentirilla).

Mon cher Arciniegas:

Nous avons justement fait des efforts auprès de votre Gouvernement (par l'intervention du Ministre de la Belgique à Bogotá) pour qu'on accorde une visa à Frans MASEREEL, le grand peintre et graveur, qui fait la gloire de son pays, et qui est pour le moment dans une position terrible dans le midi de la France, ne pouvant ni

retourner dans sons pays ni travailler làbas dans les conditions actuelles.

S'il pourrait venir en Colombie, ce serait un avantage énorme pour toute une génération de jeunes artistes sud-américaines, et si vous pouviez y aider je vous serais vivement reconnaissant. Frans Masereel et sa femme Paule son tous les deux nés catholiques, et leur désir de se transplanter en Amérique n'a aucune autre raison que le dégoût moral de la situation européenne et son besoin ardent de créer et de enseigner. Je le connais depuis vingt ans sans jamais avoir rencontré un homme plus droit et plus noble et plus affectueux.

De tout coeur,

Stefan Zweig. (Biblioteca, Fondo Arciniegas)

No está claro por qué nunca se le concedió la visa a Masereel. A lo mejor, Arciniegas o alguien de su equipo descubrió que la esposa era judía o, peor, que el grabador flamenco alardeaba sin rubor de sus convicciones anarquistas. Si por separado cada una de esas cosas era grave en la Colombia de los años cuarenta, juntas cancelaban cualquier posibilidad de obtener un dictamen favorable del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Masereel sobrevivió como pudo a la guerra, luego de la cual expuso repetidas veces en la Galería El Callejón. Eso quizá explique el hecho de que en la biblioteca de Ungar existan ediciones de los años veinte de sus xilografías y que hubiera anotado en su lista libros tan raros como *Figures et Grimaces*, de 1926 (del que solo se imprimieron 415 ejemplares), y *Etalages*, de 1961 (del que solo se hicieron 125).

La conjetura es una ciencia melancólica: es un ejercicio inútil preguntarnos qué hubiera pasado si este “electrón libre del mundo de la narración a través de la imagen” se hubiera establecido en nuestro país. No lo es, en cambio, señalar que Ungar fue con seguridad la primera persona que entendió en Colombia el valor de un subgénero entonces en ciernes, auténtico cruce de caminos entre la literatura, el cine y la ilustración: la llamada novela en imágenes, a su vez inspiradora de las hoy muy en boga novelas gráficas, aunque sin globos de texto ni viñetas al uso. A ello lo predisponía no solo su erudito conocimiento de los libros ilustrados en general, sino el de las biblias dibujadas en particular, que son sin sombra de duda el verdadero antecedente de la novela en imágenes. Está claro que Masereel había visto en museos biblias pictas o libros de horas y que utilizó el esquema de ilustraciones con poco texto (o con ninguno) para retratar el convulsionado mundo europeo de entreguerras. En sus xilografías vemos la soledad de los habitantes de una ciudad moderna, el miedo de las minorías raciales perseguidas, la miseria de los obreros en los barrios periféricos, la angustias de gentes desengañadas, el placer de una noche con prostitutas y música de jazz o la rebelión de unos individuos que no se resignan a ser carne triturada en la maquinaria capitalista. Ahora que en todas partes se saluda *La cité* (1925), de Masereel, como una de las obras señeras del siglo XX y se le aprecia al autor su indiscutible protagonismo como precursor de la novela gráfica, no estaría de más reconocerle a Ungar su discreto papel de adelantado en la valoración de un arte que, al principio, se consideró menor y subterráneo.

26

Es inevitable que, siendo los libros ilustrados una parte fundamental de la biblioteca de Ungar, exista en ella una sección dedicada a los libros eróticos. Entre la bibliofilia y el erotismo hay lazos tan estrechos que cuando se habla de libros

pintor me dijo, con la franqueza propia de los artistas, que no veía la justificación de xilografías en tamaño grande, como las expuestas, y que todas las producciones de Masereel eran ilustraciones de un mérito más o menos discutible”.



Portada y páginas interiores
de *Figures et Grimaces* (1926)
y de *Mein Stundenbuch*
(1957) de Frans Masereel.



de este estilo casi forzosamente se está hablando de ediciones caras, de circulación restringida y con salvedades para su venta al público⁵³. Eso, claro está, ya no funciona de igual modo que en los años cuarenta, cuando Ungar empezó a poner las bases de lo que terminaría siendo su majestuoso edificio de libros. Entonces el acceso a temas impúdicos —por llamarlos con un vocabulario de otros tiempos— era notoriamente más difícil, siendo a veces las ediciones de bibliófilo las únicas que permitían asomarse al mundo polimorfo de la sexualidad.

Un buen ejemplo lo encontramos en *Die Erotik in der Französische Karikatur* (*El erotismo en la caricatura francesa*, 1909), de John-Grand Carteret, y en *Geschichte der Kunst* (*Historia del arte erótico*, 1911), de Eduard Fuchs, dos libros extraordinarios que Ungar incluyó en su lista. No bien se publicaron en Alemania a principios del siglo XX, ambos títulos vivieron la paradoja de ser, al mismo tiempo, grandes éxitos editoriales y objeto constante de querellas ante la justicia. Para los moralistas de la época, era inadmisibles que circularan sin trabas volúmenes en los que se podían ver estampas de curas fornicando, grafitis romanos de vulvas femeninas, grabados de Alberto Durero en los que una mujer le ponía los cuernos al marido, dibujos de Vivant Denon con el Gulliver de *Los viajes* metamorfoseado en un pene gigantesco y, en general, obras en las que la lascivia, el adulterio y el libertinaje daban una nota feliz y extrovertida.

Con esos antecedentes, ¿cómo extrañarse de que la policía incautara una y otra vez los libros de Carteret y Fuchs y de que a ellos dos se les sometiera constantemente a juicio? El resultado de esas diligencias es particularmente instructivo: con una que otra salvedad, los jueces acabaron dictaminando que ambos libros deberían venderse como “ediciones privadas” a “eruditos, coleccionistas y bibliotecas”, en ningún caso al público corriente y en absoluto “a “mujeres y niños”⁵⁴.

Así, una primera categoría de los libros eróticos o pornográficos de Ungar (la distinción es improcedente) proviene de bibliófilos con los cuales sentía afinidad y que, aprovechando sus ricas colecciones de arte gráfico, se habían transformado en historiadores de la moral sexual. Es bastante obvio que Carteret y Fuchs le gustaban por la amplitud y erudición de sus trabajos, pero también porque los sentía como espíritus afines. No por coincidencia los tres eran devotos de Daumier y de ciertas técnicas como la xilografía, que la historia del arte había relegado a un segundo plano.

El siguiente grupo es, en muchos sentidos, una subdivisión del gran tema habsbúrgico que domina la biblioteca de Ungar y está compuesto por artistas austríacos que en determinados momentos de su carrera produjeron obras de corte sicalíptico y las hicieron circular en ediciones minoritarias, aunque no por ello fuera del alcance visual de la policía. En ese apartado figuran 40 *Erotic Aquarelles*, de Peter Fendi (1796-1842), supuestamente hechas en la vejez de su autor y aparecidas por primera vez en 1907⁵⁵, en Viena, en una edición de 600 ejemplares; o *Fleurettes Purpurschnecke Erotische Lieder und Gedichte* (*Caracol púrpura, canciones eróticas y poesías*), de Franz von Bayros (1866-1924), ilustrador nacido en Zagreb, cuyos dibujos para la novela galante *Erzählungen vom Toilettentisch* (*Cuentos del cuarto de baño*), de Max Semnerau, le costaron la expulsión automática de Alemania⁵⁶.

A diferencia de las anteriores, la tercera categoría de los libros eróticos de Ungar se aleja del ámbito europeo. Está conformada por títulos sobre arte asiático, en particular los que exploran los misterios del sexo en China y Japón. Muchos de

53. Ungar recordaba ese poderoso vínculo con la frase de un autor francés: “A coupure d’un livre, c’est comme la defloration, perdre la virginité, et cela est toujours agreavle” (“La apertura de un libro es como la defloración, como perder la virginidad, y siempre es agradable”) (*Bibliófilos*) (trad. Mario Jursich).

54. En la misma conferencia, Ungar recordaba un caso colombiano de estas censuras: “Hubo una vez una exposición en la biblioteca Luis Ángel Arango de un gran coleccionista de exlibris (...). El dueño era un diplomático suizo (...). Cuál no sería su sorpresa cuando se inauguró la exposición y [vio que faltaban] algunos exlibris de un contenido bastante erótico (...). Entonces él se fue donde el director de la Biblioteca y le hizo el reclamo. El director dijo que no tenía idea de lo que había pasado, que sus exlibris estaban ahí y después de algunas averiguaciones resultó que al señor que hizo la impresión del catálogo le pareció poco apropiado tener exlibris de carácter erótico. Entonces, el amigo suizo insistió en que se debía imprimir un anexo —y la Biblioteca Luis Ángel Arango le dio la razón—, anexo que tenía únicamente estos exlibris eróticos que el impresor había excluido” (*Bibliófilos*).

55. Hasta el día de hoy, es materia de controversia entre eruditos si esas cuarenta litografías en color son obra de Fendi o de alguno de sus imitadores. Las dudas provienen principalmente de que aparecieron en Viena a casi setenta años de su muerte; mientras él estuvo vivo, no se conocieron y nadie nunca las mencionó. Agrava las dudas el hecho de que esa primera edición de 600 ejemplares se presenta como “Im Stil von Peter Fendi” (en el estilo de Peter Fendi), no como creaciones debidas directamente a su mano.

56. Von Bayros alcanzó notoriedad con las ediciones alemanas de *La Divina Comedia* y *El Decamerón*, pero fueron sus trabajos para *Die Bonbonnière* (*El plato de dulces*) los que le valieron la fama de la que todavía goza.

Una de las particularidades de la biblioteca de Ungar es la existencia de los libros eróticos.

Página de *Das Erotische Element in der Karikatur*, de Eduard Fuchs. Berlín: A. Holman & Comp., 1904.

Siguiente página:
Libro de shunga.



ellos son ediciones de lujo, en papeles especiales, de obras ampliamente conocidas en Occidente como las de Katsushika Hokusai (1760-1849), esos “shunga”⁵⁷ en los que se describían relaciones sexuales de todo tipo entre los más variados actores de la sociedad japonesa de los siglos XVII y XVIII y en los que no faltan como pareja copulatoria los seres fantásticos o los animales de la rica fauna marina de la isla. (*El sueño de la esposa del pescador*, la obra de Hokusai en la que una recolectora de perlas aparece entrelazada con dos pulpos —uno que la besa y otro que la fela—, es el ejemplo que acude de inmediato a la mente cuando se habla de shunga.)

57. El shunga es un género pictórico japonés que tiene como tema principal la representación del sexo. La traducción literal de *shunga*, palabra de origen chino, es “imágenes de primavera”, siendo en este caso “primavera” una metáfora común para el acto sexual.

Eso no significa que falten obras distintas, menos conocidas, como los “penis parinirvana”, una suerte de parodias sexuales de la muerte de Buda, en las cuales la cabeza del asceta es remplazada por un falo descomunal y la cara de las mujeres que lo velan por diminutas vulvas, o versiones antiguas, datadas en los siglos XVII, XVIII y XIX, de la inmensamente controvertida *hentai* o paidofilia japonesa.



Esas “escenas primaverales” forman parte de la rica tradición mundial del grabado en madera. Casi todas, exceptuando unas cuantas producidas en sitios aislados del Japón, se imprimieron en xilografía, ya fuera en blanco y negro, ya en varios colores. Es importante mencionar ese dato porque por medio de él podemos advertir la poderosa unidad interna en la biblioteca de Ungar. Aunque, como cualquier aficionado a los libros, Ungar compraba por deseos súbitos, por impulsos, lo habitual es que fuera guiándose por una vasta red de correspondencias. Antes que un coleccionista de caprichos, era un bibliófilo cartesiano. En este caso específico, es imposible no ver con toda claridad el hilo que enlaza los empeños eruditos de John-Grand Cartertet y Eduard Fuchs con las provocadoras imágenes de Franz von Bayros⁵⁸, y de ellos tres con una técnica que, desde su invención en el siglo II d. C. en China, no ha dejado de producir resultados sorprendentes⁵⁹.

En *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989), Rafael Gutiérrez Girardot se quejaba del poderoso influjo de Michael Foucault en todo el ámbito de la lengua española, en particular de los tres tomos de su *Historia de la sexualidad*. Más provechoso que fijarse en Foucault, decía el crítico boyacense, es leer al coleccionista alemán Eduard Fuchs. Además de su incomparable material gráfico, insistía, hallaremos en sus libros un tipo de análisis que antecede y en muchos casos refuta con cincuenta años de anticipación las hipótesis del intelectual francés.

En ese momento, Gutiérrez Girardot difícilmente podía saber que en una casa del Barrio Rosales de Bogotá ya alguien había descubierto por su propia cuenta la obra de Fuchs y que había llevado ese entusiasmo hasta el punto de no solo haber adquirido las ediciones príncipes de sus libros, sino de haber formado la que tal vez sea la primera biblioteca de libros eróticos en Colombia. (Que yo sepa, ni la colección de Carlos Lleras Restrepo —sumamente interesado en esas

58. Como tantos otros artistas europeos — Aubrey Beardsley, Henri de Toulouse-Lautrec, Gustav Klimt o Pablo Picasso —, Franz von Bayros fue un ávido coleccionista de shunga. En ciertas obras suyas, verbigracia, la niña cuyo sexo es lamido por un ciervo, el tema pictórico parece provenir directamente de *El sueño de la esposa del pescador*, de Hokusai. Lo mismo puede decirse de las posturas acrobáticas que eluden las leyes de la física, de los genitales desproporcionadamente grandes y de los detalles fuera de contexto: de una u otra forma, todos son herencia de la tradición pictórica japonesa.

59. Lo anterior no agota de ningún modo la lista de los libros eróticos en la biblioteca de Ungar. No faltan los que son puro texto. De ellos cabe mencionar *Erotika Biblion*, de Honore-Gabriel de Riqueti, conde de Mirabeau. Tal vez el lector recuerde que, encarcelado por adulterio en 1778 y sin más lectura que la Biblia, el famoso tribuno de la Revolución Francesa se propuso glosar todos los capítulos del libro sagrado en donde hubiera escenas de sexo, sin importar el tipo de relaciones expuestas. Compuso así una obra en la que, haciendo uso de sus torrenciales conocimientos científicos y literarios, no solo comentaba las abundantes

Continúa

materias⁶⁰ —, ni la de Alfonso Palacio Rudas, ni la de Nicolás Gómez Dávila, ni la de Fernando Hinestrosa, ni la de Juan Gustavo Cobo-Borda, tienen la misma cantidad y calidad de materiales.) Como en el caso de Masereel, también aquí Ungar fue una especie de pionero. No un precursor bullicioso, incapaz de mantener en secreto sus descubrimientos, sino algo más sutil: el lector apasionado que, por la propia dinámica de sus búsquedas, acaba encontrando un territorio que los demás solo se toparán años más tarde.

27

Existe una vieja foto de Hans Ungar en la que podemos verlo en traje caqui de safari y con un rifle en la mano izquierda. La tradición oral de la familia quiere creer que la imagen se captó en 1941 en los Llanos orientales de Colombia, y que Ungar estaba allí acompañando al biólogo Richard Evans Schultes en el primero de sus viajes por el alto Amazonas. Sin embargo, esa misma tradición admite que podría tratarse de un viaje distinto, uno que hizo a la Sierra Nevada de Santa Marta más o menos por la misma época y en el que buscó, infructuosamente, un tesoro escondido en el desierto de la Guajira.

Como quiera que haya sido, esa fotografía contra un fondo espeso de guaduales puede servirnos de marco introductorio al apartado número 20 de la lista de Ungar, la de los libros colombianos o sobre Colombia.

Como mínimo, uno se desconcierta. Ungar escogió 66 libros, entre los que figuran —para dar unos ejemplos tomados al azar— *The Naturalist on the River Amazonas* (1892), de Henry Walter Bates; *Excursión apostólica por los ríos Putumayo, San Miguel de Sucumbíos, Cuyabeno y Caguán* (1924), de fray Gaspar de Pinell; *La Prise de Cartagene* (1698), del barón de Pointis, y *Reisen in den Columbianischen Anden* (*Viaje a los Andes colombianos*, 1888), de Alfred Hettner.

Lo que desconcierta no es tanto que la mayor parte de estos libros se haya editado en el siglo XIX, traten sobre la Colombia anterior a la Guerra de los Mil Días y se deba a viajeros, naturalistas, antropólogos, sacerdotes o militares; ni que los autores contemporáneos se reduzcan a tres: Gerardo Reichel-Dolmatoff, su esposa Alicia y Gabriel Giraldo Jaramillo; ni que al momento de hacer la lista solo uno de ellos, Alicia Reichel, estuviera vivo.

Lo sorprendente es que Ungar no haya incluido ni una sola obra literaria. No hay en su selección novelas, cuentos o ensayos. No hay un libro de poemas, una obra de teatro, un libreto musical. En la medida en que su lista no era un indicador objetivo de sus gustos, estamos limitados para sacar conclusiones definitivas. Si no figuran en ella autores como Rainer María Rilke o Nicolás Gómez Dávila, que eran parte de su panteón literario, tampoco debe llamar a escándalo que no esté, por decir un nombre emblemático, Gabriel García Márquez. A lo sumo, podemos afirmar que, juzgando por los títulos seleccionados, Ungar *parecía* preferir los libros de viaje y las memorias antes que la literatura, y *parecía* tener sobre nuestra realidad la misma perspectiva de ese explorador que fue al momento en el que le tomaran la foto mencionada más arriba. Su lista expresa la idea de que Colombia es ante todo naturaleza, un vasto territorio de campos, selvas y océanos por descubrir, un país de ensueño en el que se podía salir despreocupadamente a cazar patos, tigres o caimanes (o a buscar tesoros escondidos), en vez de la compleja y violenta cultura urbana que él padeció durante buena parte de su vida.

“perversiones” de la Biblia — incesto, onanismo, zoofilia... —, sino que las ponía en diálogo con acontecimientos políticos de su época.

60. En su libro *De ciertas damas*, publicado por primera vez en 1985, el expresidente colombiano describe (en palabras de un comentarista manizaleño) el “perfil lascivo de Messalina, el contraluz incestuoso de Lucrecia Borgia, el claroscuro espléndido de la condesa de Castiglione, la juventud rebelde de Beatrice Cenci, la belleza perturbadora de La bella Otero, las intimidades trágicas de Claretta y Mussolini, los devaneos prematuros de Napoleón y Désirée” y las costumbres de “las cortesanas de Venecia en tiempos de bárbaras pasiones” (Marín, párr. 2).

Lo que sí podemos hacer con la lista de Ungar es preguntas, la principal de las cuales tiene que ver con un paralelo llamativo. Los años de apogeo de la Librería Central coincidieron con la explosión del *boom* latinoamericano. ¿Tiene un correlato esa coincidencia en su biblioteca? ¿Le interesaban a Ungar las obras de García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar o Cabrera Infante, de igual modo que le interesó conseguir, pongamos por caso, la obra ensayística de Karl Krauss? ¿Le interesaba la literatura colombiana lo suficiente como para conseguir primeras ediciones, libros raros o series completas de sus autores favoritos?

28

Llegado un momento, la casa de Teusaquillo ya no pudo albergar un libro más. La familia, mientras tanto, había crecido con los nacimientos de Antonio y Elisabeth, de modo que resultó imperativo considerar un cambio de residencia.

Quiso el azar que Fernando “El Chuli” Martínez, uno de los mejores clientes de la Librería Central, también fuera uno de los más reputados arquitectos colombianos. Ungar habló con él. O no habló, sino que simplemente le expuso un deseo: “Lo que yo quiero es una biblioteca. Allá tú si quieres hacerle una casa alrededor”. Fue así como a finales de 1961, los Ungar se mudaron del centro de la ciudad al barrio Rosales, en lo que entonces era un terreno sin desbrozar.

Cuando uno llega, entiende por qué la casa se declaró bien de conservación arquitectónica en 1996. Martínez aprovechó el desnivel de la montaña para crear una fachada que sube y baja como si fuera una extensión natural de los cerros. Más que una casa espectacular, es una construcción magníficamente adaptada a su entorno.

La biblioteca queda en el segundo piso de la casa. Para llegar hasta ella, uno sube un tranco de escaleras, gira a la izquierda y desemboca en un luminoso espacio rectangular desde el que se aprecia el magnífico jardín.

Es inevitable que, nada más entrar, uno se tope con la silla donde Ungar leía: una poltrona sólida y confortable en la que a menudo pasaba las tardes de los domingos hojeando catálogos, fumando pipa, escuchando ópera y acariciando a su perro⁶¹.

Como era inevitable, también aquí los libros fueron desbordando los anaqueles y hubo que acondicionar primero un cuarto, después un pasillo, luego la mansarda y, al final, resignarse a compartir la casa entera con los huéspedes de papel.

Sin embargo, pese a la proliferación de títulos por todas partes, no hay ninguna clase de caos. La meticulosidad, el orden, el sentido cartesiano que distinguieron a Ungar desde joven (y que le hicieron pensar a Helena de Wolff que era el candidato idóneo para administrar la Central), se mantienen como cuando él estuvo vivo. Tal vez lo único que ha crecido descontroladamente es el jardín trasero, en el que los árboles de nueve o diez metros conviven con plantas mucho más tímidas.

Uno encuentra todo con relativa facilidad, pese a que la biblioteca nunca tuvo una clasificación formal y a que Ungar utilizaba para ese efecto un método muy suyo⁶².

En una reseña sobre los libros de Eduard Fuchs, Walter Benjamin apunta que uno de los grandes misterios del coleccionismo es saber por qué alguien dedica tiempo y dinero —con frecuencia, muchísimo tiempo y muchísimo dinero— a

61. Al igual que otras personas, Ungar pensaba que los perros eran parte del mobiliario de una biblioteca. En 1952, recién instalados en la casa de Teusaquillo, compró un cocker spaniel llamado Lumpi. Cuando el animal murió, buscó otro exactamente igual y lo bautizó a la manera de un Papa que comparte el patronímico: Lumpi II. Después hubo un Lumpi III, un Lumpi IV, hasta que al propio Ungar le llegó la hora de morir. Para entonces, la dinastía de los Lumpi había alcanzado su séptima generación.

62. Básicamente, se trata de un sistema de planos superpuestos. En el primero de ellos, tenemos una vista cenital de la biblioteca y cada tramo de la misma identificado con letras: A, B, C y D. En el segundo, lo que se aprecia es una vista frontal de las repisas, cada uno de cuyos cajones se ha señalado con un número: A1, A2, A3, A4, etc. De ese modo, si uno quería encontrar por ejemplo uno de los libros de Fuchs, le bastaba mirar el fichero, en el que diría que estaba en la repisa H en el estante H15.

Salón principal, costado occidental. Es el lugar de la biblioteca destinado a los libros de arte y a los mapas antiguos. Casa Ungar.



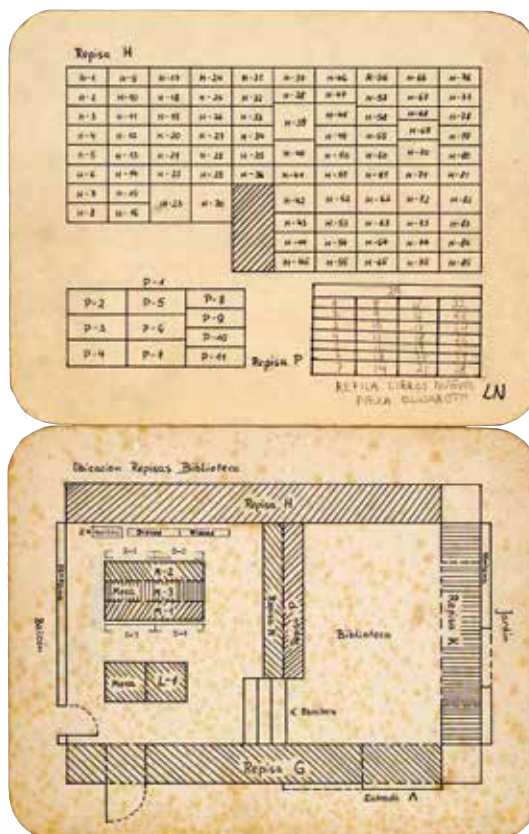
satisfacer una pulsión que a los demás puede resultarles incomprensible. Parado en la mitad de la biblioteca de Ungar, esa observación adquiere el carácter de una urgencia: ¿cuál fue el impulso, la fuerza anímica, el dínamo interior que lo llevó a conformar una colección de más de veinte mil volúmenes? ¿Qué lo arras-tró por ciudades de Europa, Estados Unidos y América Latina, por librerías de viejo, casas de subastas y mercados de pulgas, con el solo fin de procurarse miles y miles de libros?

Una primera respuesta surge de simplemente curiosoear por la biblioteca. Uno cree intuir que la mayoría de lo que está viendo pertenece a un período deter-minado, aunque no sepa especificar con exactitud cuál es. Entonces, consulta la lista y lo que era un palpito se transforma en certeza: no, no es que los libros pertenezcan a una época concreta sino que son, casi todos, anteriores a una fecha: 1938.

Con eso no quiero insinuar que sea imposible encontrar títulos posteriores. Nada más con estirar la mano uno puede localizar por ejemplo el *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*, publicado por el Banco de la República en 1952, o *Des Bas Relief aux Grottes Sacrées*, de André Malraux, cuyo pie de imprenta indica que apareció en 1954. A lo que apunto es distinto: esa fecha nos da la clave interpretativa de la biblioteca de Ungar.

El acto de coleccionar tiene una función compensatoria parecida a la de escribir: es la búsqueda de un sentido perdido, que a veces también puede ser un paraíso perdido. Es un arbitrio lírico contra el paso atroz del tiempo, no menos que un recurso en contra de los accidentes de la fortuna. Al coleccionar libros anteriores a 1938, Ungar estaba señalando que, no obstante haber sido desterrado por el nazismo a un ignoto país de América Latina, él seguía perteneciendo a un orbe cultural del que se sentía ciudadano pleno. Su aparente desinterés en la moder-nidad que le tocó vivir no es, en este sentido, una carencia, sino la consecuencia inevitable de haber vivido espiritualmente en unas coordenadas ajenas a las de su época.

Se me antoja que ese empeño tiene una relación nítida con *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig. Como el escritor vienés, Ungar también quiso transmitir una po-



Planos cenitales para la ubicación de los libros.



Ficheros de la biblioteca.

derosa imagen del mundo en que había crecido, pero no del modo áereo, verbal, con que se transmite una visión en la literatura, sino apelando al recurso macizo y majestuoso de un edificio de libros. Si Zweig dejó el retrato de una época, Ungar coleccionó su bibliografía.

Toda biblioteca es, casi que por definición, un refugio para protegernos de la intemperie y enfrentar las más crudas adversidades. Viendo a mi alrededor los miles y miles de libros de Ungar, de pronto me asalta la idea de que esta colección a lo mejor también fue su forma personalísima de reconstruir la peletería de sus padres. Lo digo porque se trata de un espacio cálido y acogedor, pero también por su evidente condición de abrigo. En estos libros, Ungar seguramente encontró un resguardo y una respuesta contra las turbulencias de la vida; aquí con seguridad descubrió un bálsamo para la locura del mundo y aquí —de eso no tengo la menor duda— vivió mil horas felices. Con sus libros, Ungar enfrentó

el hecho de haber sido expulsado de su patria, el dolor de haber perdido a su familia en Auschwitz, la discriminación por ser judío, el exilio en Colombia, la necesidad de hablar en un idioma distinto al materno y el trágico suicidio de su hijo Antonio. Podrá sonar borgeano (e incluso un poco místico), pero es así: para Ungar, como para tantos otros antes de él, conformar una biblioteca fue su salvación, no menos que su paraíso. ■



Ungar no solo fue fumador sino también un gran coleccionista de pipas. Llegó a tener más de sesenta.

BIBLIOGRAFÍA

- A History of the Austrian Migration to Canada*. Edit. Frederick C. Engelmann, Manfred Prokop y Franz A. J. Szabo. Montreal/Quebec/Ontario: Carleton University Press, 1996. Impreso.
- Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, AMRE. *Material y antecedentes para el comité de inmigración y colonización, 1919-1940*, división de visas e inmigración, transferencia 6, carpeta 1, caja 865, oficio 2. Impreso.
- *Correspondencia con Cámaras de Comercio Nacionales, 1931-1949*, sección segunda, transferencia 10, caja 66, carpeta 499, oficio 10. Impreso.
- *Legación de Colombia en Alemania-Berlín, 1938*, oficio 67. Impreso.
- Aza, Guillermo. Interloc. Mario Jursich Durán. Conversación. 26 abr. 2017.
- Biblioteca Nacional de Colombia-Fondo Arciniegas. Correspondencia, caja 94, RM 501, folio 9.
- Biblioteca Nacional de Colombia-Fondo López. Web. http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/05596/0. 21 jun. 2017.
- Biermann, Enrique. *Distantes y distintos: los emigrantes alemanes en Colombia 1939-1945*. Bogotá Universidad Nacional, 2001, 132. Impreso.
- Bolbecher, Siglinde. "Colombia". *Qué lejos está Viena. Latinoamérica como lugar de exilio de escritores y artistas austríacos*. Eds. Alisa Douer y Ursula Seeber Viena: Zirkular / Centro de Documentación de la Literatura Austríaca Moderna, 1993, 92-103. Impreso.
- Castaño Castillo, Álvaro. "El Café del Rhin y la palabra churro". *Para la inmensa minoría. Sus mejores crónicas en la HJCK*. Bogotá: Taurus, 2006. 229-231. Impreso.
- Catálogo de la "Exposición del Libro"*. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia. 1942.
- "Cosas del día". *El Tiempo*. 25 jul. 1936, 4. Impreso.
- Chaimowicz, Thomas. *Cartas para Mirjam y Raphael. Regreso y vuelta a casa*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2016. Serie Archivo Epistolar Colombiano. Impreso.

- Comité de los Austriacos Libres en Colombia *El Murciélago*. Bogotá: Antares. 1942
Programa de mano. Web. http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/61350/0. 17 jul. 2017.
- De Ungar, Lilly. Entrevista. Entr. Mario Jursich Durán. 17. mar. 2017.
- Deuticke, Franz. Carta escrita el 11 de noviembre de 1955. Archivo privado de la familia Ungar.
- Duque, Ellie Anne. *La sociedad filarmónica o la vida musical en Bogotá hacia mediados del siglo XIX*. Bogotá: Instituto de Investigaciones Estéticas, Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia. s. f. Web. <http://www.bdigital.unal.edu.co/44717/1/46482-225741-I-SM.pdf>. 21. Jun. 2017.
- Engel, Walter. "El público, contrario al arte moderno". *Revista de las Indias*, 34, feb. 1942, segunda época. 381-391. Impreso.
- Friedemann, Susie. Entrev. Mario Jursich Durán. 3 may. 2017. Impreso.
- Galvis, Silvia y Alberto Donadío. *Colombia nazi*. Bogotá: Hombre Nuevo Editores. 2002. Impreso.
- Giraldo, Juan David. Interloc. Mario Jursich. Conversación telefónica. 9 abr. 2016.
- Indiana University Digital Library. *The Bernardo Mendel Collection: an Exhibit*. 15 abr. 1964. Web. <http://webapp1.dlib.indiana.edu/metsnav3/general/index.html#mets=http%3A%2F%2Fpurl.dlib.indiana.edu%2Fui%2Fgeneral%2Fmets%2FVAB9904&page=9>. 29 jun. 2017.
- Inmigración judía a Colombia. Informe presentado en Argentina por la Sociedad de Socorro a los Judíos de Habla Alemana, 1943*. Buenos Aires, Instituto Hebreo de Ciencias, 1985. Impreso.
- Jiménez López, Miguel. *La inmigración amarilla a la América*. Bogotá: Editorial Minerva. 1929. Impreso.
- Leal Villamizar, Lina María. *Colombia frente al antisemitismo y la inmigración de judíos polacos y alemanes 1933-1948*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2011. Tesis de Maestría. Web. <http://www.bdigital.unal.edu.co/4016/1/468457.2011.pdf>. 20. Jun. 2017
- Lleras Restrepo, Carlos. 1985. *De ciertas damas*. Web. <http://www.eje21.com.co/2012/07/de-ciertas-cortesanas>. 29 jun. 2017.
- Marín Ocampo, Álvaro. s. f. "De ciertas cortesanas". *Eje21*. Web. <http://www.eje21.com.co/2012/07/de-ciertas-cortesanas/>. 29 jun. 2017.
- Milgram, Avraham. *Entre la aceptación y el rechazo. América Latina y los refugiados del nazismo*. Jerusalén: Ediciones Yad Vashem. 2003. Impreso.
- Neumann, Gerhard. "German Jews in Colombia. A Study in Inmigrant Adjustement". *Jewish Social Studies*, III, 4. New York. Oct. 1941. 386-398. Impreso.
- Pombo, Mauricio. "La biblioteca de Bernardo Mendel: agua pasó por aquí". *Revista La Tadeo*, 65, primer semestre, 2001. Bogotá. 96-98. Impreso.
- Ríos, Katherine. *Book Selling and Cultural Development in Postwar Colombia: Librería Buchholz and Librería Central in Bogotá*. Amsterdam: Universidad de Leiden, 2012. Tesis de grado.
- . "El paseo del sábado". *El impúdico brebaje. Los cafés de Bogotá 1866-2015*. Bogotá: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural. 2015. 252. Impreso.
- Santos Montejo, Enrique. "Independencia". *El Tiempo*. 1º ene. 1936, 1. Impreso.
- Shipley Toliver, Suzanne, "The Latin American Diaries of Katja Hayek Arendt". *American Jewish Archives*, 39, 2, nov. 1987. Impreso.
- Ungar, Elisabeth. Entrev. Mario Jursich Durán. 15 de marzo de 2017.
- Ungar, Hans. *La pasión de los libros*. Conferencia dictada en el auditorio Teresa Cuervo del Museo Nacional de Colombia, 27 abr. 1999. Archivo personal de Luisa Ungar.
- . *Bibliófilos*. Conferencia inédita, s. f. Archivo personal de Luisa Ungar.
- Vásquez, Juan Gabriel. *Los informantes*. Bogotá: Alfaguara. 2004. Impreso.
- Zalamea, Luis. *Memorias de un diletante*. Bogotá: Taller de Edición Rocca, Ministerio de Cultura y Cerlalc. 2008. Impreso.